

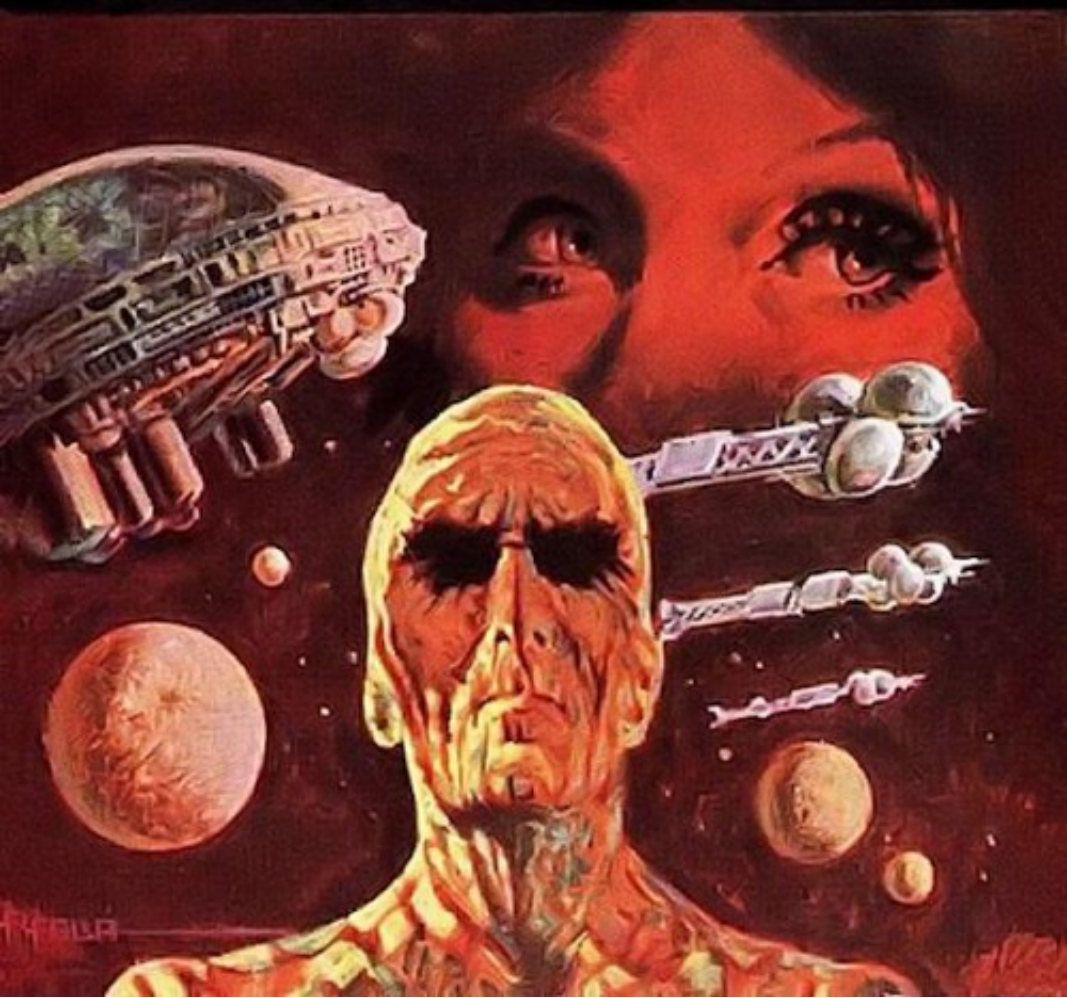
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

LOS DIOS LLORAN SANGRE

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



LOS DIOSES LLORAN SANGRE

Título Original: *Los Dioses Lloran Sangre*

©1975, Garland, Curtis

©1975, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 256

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.37

Generado por: Anset, 09/06/2012

Primera Época

RUTAS DEL SONIDO

Capítulo I

HOMBRES DE ORO

Era el primer hombre dorado que veía.

No será fácil que olvide jamás aquel momento. Ni aquel fantástico hallazgo que fue, en realidad, el principio de la más fabulosa aventura imaginable por un ser humano.

El hombre de oro resultó un hallazgo alucinante. Algo así como encontrarse súbitamente con el secreto mítico de la piedra filosofal, o la existencia de un Midas fabuloso, escondido en algún lugar del Universo.

Porque el hombre de oro llegó del espacio. Y con él, llegó hasta nosotros la realidad de un enigma que forzosamente debía existir, pero cuya naturaleza no me era posible imaginar, ni siquiera reconociendo que poseo imaginación y bastante dosis de fantasía como para ser un cosmonauta al servicio de mi nación y de la Astronáutica mundial, en este agitado planeta XXI en que nos ha tocado vivir, enfrentados a la grandiosidad estelar, como nuevos navegantes de un océano infinitamente mayor y más enigmático que el temido Mar Tenebroso de los antiguos.

Pues de ese océano de tinieblas y de luces, de vacío y de soles, llegó inesperada, dramáticamente... un hombre de oro puro.

Hubiéramos podido imaginar en principio, en buena lógica, que era sólo una estatua de oro. Pero algo nos hizo pensar que no se trataba precisamente de eso. No era una estatua. Era él mismo. Un hombre a quien todos habíamos conocido tiempo atrás. Un hombre singular, la verdad. Todo un tipo. Él siempre dijo que llegaría más lejos que nadie en la conquista del espacio. Y parece que así había sido. Debió llegar tan lejos... que algo, una fuerza cósmica que todos nosotros desconocíamos, había hecho de su cuerpo una hermosa y sólida estatua de oro de tamaño natural... con rubíes como sangre.

Y no era una obra de arte. No era una escultura preciosa. No era una pieza de orfebre maravilloso de los cielos, devolviéndonos una estatua de oro y rubíes. No. Era él. Había sido carne y era oro. Había sido sangre, y eran rubíes adheridos a su piel aurífera.

No tenía sentido. Ni explicación.

Pero estuve seguro desde un principio. Era así.

Y pronto tuvimos ocasión de confirmar mis temores.

* * *

El doctor Alexis afirmó lentamente, con un brillo excitado en sus ojos inteligentes y agudos. Me contemplaba con rara expresión.

—Sí, comandante —dijo con voz ronca—. Es increíble, asombroso. Pero es la pura verdad. Es lo que usted dijo. Es... es “él”. Puede ya extender su informe oficial en ese sentido.

Miré al doctor. Luego, al cuerpo de oro, tendido dentro de la cámara plástica de examen físico y mental de cualquier clase de paciente. Los sistemas automáticos de Rayos X, electrocardiografía y electroencefalografía, funcionaban sobre aquel dorado cuerpo rígido que reposaba en el cilindro cristalino, a la claridad lívida de su interior.

—¿Seguro? —insistí todavía, no demasiado convencido de que aquello pudiera ser expuesto de modo oficial en un informe de la Sociedad Astronáutica Internacional.

—Seguro —resopló el doctor Lothar Alexis—. Vea eso, comandante. Es concluyente, ¿no le parece?

Me acerqué al computador clínico. Pulsé el botón correspondiente. Los datos médicos aparecieron en la pantalla electrónica. Vi el gráfico de la radiografía. Y los índices sobre la existencia de un cerebro, de un corazón, de unos tejidos humanos... petrificados debajo de aquella envoltura de oro. Los rubíes centelleantes, respondían químicamente a la composición de la sangre. Era sangre cristalizada, hecha gemas preciosas..., pero compuesto de elementos como la hemoglobina...

—Dios mío —murmuré—. A pesar de que siempre he sostenido que “eso” no era una simple estatua dorada... uno tiene que resistirse a admitir cierta clase de cosas...

—Lo comprendo. A mí me sucede igual. Pero no hay dudas. Debajo de esa capa de oro puro, existió alguna vez un ser humano, del que quedan intactos los tejidos internos, su cerebro, su corazón,

sus nervios... Sólo la dermis y la epidermis han sufrido una mutación inconcebible... y la piel se ha convertido en oro auténtico. De igual modo, su sangre, al brotar de esa extraña herida en su cuello, bajo la oreja derecha, ha sufrido una cristalización inverosímil, transformándose en gotas gruesas y rojas. Lágrimas escarlata. Rubíes puros, si bien su estructura molecular encierra organismos sanguíneos.

Observé lo que había llamado él “una extraña herida”. Era cierto. Bajo la oreja derecha de la figura de oro, era visible algo así como un largo, profundo corte en diagonal, del que brotaron las extrañas gemas rojas, como sangre cuajada y luminosa, adherida a la epidermis de oro de la singular figura.

—Una herida muy leve para ser mortal —opiné.

—Ciertamente. Pero existe. Y sangró. Eso nos da el segundo fenómeno inexplicable a estudiar: la metamorfosis de la sangre en rubíes.

—Doctor, ¿de verdad no existe ninguna posibilidad de que esto sea... una simple reproducción metálica de un ser viviente?

—Ninguna. El propio ser viviente subsiste “dentro” —rozó la superficie curva de la cápsula de examen clínico—. Las radiografías especiales a través del oro, han dado resultado positivo. Hay un cerebro que funcionó alguna vez. Y unas arterias que regaron sangre. En suma: esto es un cadáver envuelto en oro. Ni más ni menos.

—Pero no sometido a un baño de oro, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, comandante —sacudió la cabeza de un lado a otro el doctor Alexis—. No hay baño de oro. La lámina de precioso metal no se ha formado “sobre” la piel humana. En eso, el análisis espectroscópico del cuerpo es concluyente. Lo que ha sucedido es más simple..., aunque infinitamente más absurdo para nosotros: la piel existe aún. Pero esa piel... “se convirtió en oro”. Por un proceso incomprensible para mí, se produjo la mutación de tejidos vivos en metal puro. De igual modo actuó la sangre al solidificarse. Sí, realmente, existe la “piedra filosofal” en algún lejano reducto cósmico... su inventor ha ido más allá de todo lo imaginable. No sólo obtiene oro de cualquier materia, incluso “viva”..., sino que la propia sangre se transforma en piedras preciosas. Le compadezco, comandante, si tiene que referir todo

eso, en términos técnicos y burocráticos, ante el Comité de Investigación Espacial...

Resoplé. El doctor tenía razón. Iba a ser una tarea nada envidiable, enfrentarse a semejantes caballeros y endilgarles la increíble historia... con todos los visos de un informe oficial, rutinario y mecánico.

* * *

Y lo había hecho.

No resultó precisamente sencillo, ni mucho menos. Aún recordaba las expresiones de mis oyentes, mirándome con claro escepticismo, mientras exponía los hechos. Y casi me producía vergüenza imaginarme a mí mismo en el hemicíclo, relatando los sucesos que nos tenían aturridos y desorientados al doctor y a mí.

Porque no resulta fácil tener que decir a un consejo de fríos, cerebrales e intelectualoides caballeros de alto rango oficial, con tono más o menos enfático:

—Señores... He venido a referirles cómo el espacio exterior nos ha devuelto a un cosmonauta... convertido en estatua de oro.

Sí. Fue digno de verlo. Primero me miraron como si estuviera loco. Luego, poco a poco, empezaron a ver que hablaba en serio, y su asombro fue en aumento, hasta culminar con el paso de las diapositivas y de los videotapes con los informes científicos y técnicos sobre nuestro hombre.

—Un hombre llamado Van Scraff...

—¿Van Scraff? —fue la pregunta brusca del presidente, mirándome igual que cuando uno contempla un virus a través del microscopio electrónico—. ¿Se refiere usted a... a Hans van Scraff?

—Al mismo —asentí yo fríamente, volviéndome hacia el presidente—. Oficial piloto del Cuerpo Especial de Astronáutica, Hans van Scraff. Es él.

—Él... ¿en carne y hueso? ¿Bajo la envoltura de oro?

—No exactamente, señor —rectifiqué con sequedad—. El mismo es de oro. Ese metal forma ahora su epidermis. Vive, existe..., pero no es sino un organismo humano funcionando vegetativamente bajo una piel de metal purísimo. Su sangre, cuando brota y se coagula... forma rubíes.

—¡Oro, rubíes...! —saltó otro miembro del Consejo—. ¡Absurdo, comandante! Todo eso suena a fantasía de otro tiempo. No parece

nada científico, si he de serle sincero...

—Científico... —me encogí de hombros—. No sé qué decirles, señores. Sólo puedo darles mi frío informe técnico, lo crean o no. La única verdad es que el espacio nos ha enviado ese extraño cuerpo. Lo demás... no es asunto mío. Ahí tienen los datos exactos. El doctor Alexis les ha facilitado el cuadro clínico completo de nuestro desaparecido astronauta. Ahora lo tenemos de nuevo aquí, entre nosotros. De regreso a la Tierra..., pero convertido en algo muy diferente a lo que se ausentó de aquí. En suma: yo termino mi misión oficial con este informe. Pero de lo que se trata es de algo mucho más profundo, tremendo y trascendente. De algo infinitamente más humano: ese hombre tiene esposa, hijos... ¿Qué podemos decirles ahora a ellos, tras lo que acaba de suceder?

El Consejo no tardó mucho en deliberar. Cuando lo hizo, se quedaron mirándome todos sus miembros, igual que si hubiese vuelto al hipotético microscopio de que hablé antes, y volviera a ser el extraño virus que les intrigaba.

—Comandante, usted se ocupará de esa ingrata labor —sentenció el presidente—. Usted informará a la señora Van Scruff de lo sucedido. Por supuesto, no puede revelarles la verdad en absoluto, sino “una verdad” previamente confeccionada, que resulte verosímil y que convenza a la señora Van Scruff de que ha perdido a su esposo para siempre...

Hubiera querido objetar algo a eso, replicar a las órdenes recibidas. Pero disciplinariamente, no era posible. De modo que en ese mismo momento empecé a pensar en lo que podría decirle a la bella señora Van Scruff, la esposa de Hans, convertido ahora en un hombre de oro puro...

* * *

Ella no lloró.

Era una mujer valerosa. Tan valerosa como bella y sobria. La contemplé, erguida en su galería, asomada a los jardines de su residencia. Por encima de su cabeza, el cielo era una auténtica constelación de diamantes estelares. De vez en vez, las luminosas estelas de los cuerpos celestes situados en órbita artificial, eran visibles allá en la distancia, abriendo surco de luz en los espacios.

Tanto ella como yo parecíamos muy alejados de aquel cosmos luminoso. Pero en el fondo nos sentíamos muy próximos a él,

porque sabíamos que nuestros destinos formaban parte de él, en mayor grado que para la gran mayoría de los mortales. Porque allá, en el espacio exterior, donde la noche era negrura y silencio absolutos, hombres como su esposo y como yo, habíamos formado la avanzada del ser humano, en la ruta de las estrellas.

Tras aquella larga, dolorosa pausa, su voz me llegó en un apagado murmullo:

—¿Y... no hay esperanzas? ¿Ninguna esperanza, comandante Last?

No supe qué hacer. Ni qué decir. Lo cierto es que no sabía de esperanza alguna capaz de confortarla. Un hombre mutante que se ha convertido en estatua de oro, es un enigma viviente para cualquiera que desconozca la razón y la naturaleza real de esa insólita mutación ocurrida a mucha distancia de nuestro mundo. No podía engañarla, en buena ley. Tampoco podía estar seguro de que una negativa pesimista fuese rotundamente sincera y ajustada a la verdad.

Quizá por eso tuve una salida ambigua:

—Nunca se sabe, señora. Lo único cierto, se lo afirmo bajo palabra de honor, es que no nos consta la presencia de un cadáver perteneciente a su esposo. Ni tan siquiera la seguridad de su muerte. Es todo cuanto puedo decirle.

—No es mucho. Ni muy claro, comandante. Lo deja todo en el aire... ¿Cómo pueden estar seguros, en ese caso, de que mi esposo no volverá a la Tierra?

—No dije eso, señora. Le informé de un accidente imprevisto en su astronave. Tenemos un informe técnico sobre la pérdida de Hans van Scruff en el espacio exterior. Tal vez si un día lo recuperamos con vida... las cosas sean diferentes a como fueron antes. No podría garantizarle nada. Nadie puede hacerlo. Por eso es mejor hacerse a la idea de que lo ha perdido para siempre..., pero dejar un leve resquicio abierto a la esperanza.

Giró la cabeza. Me miró. Había una humedad que cuajaba reflejos de estrellas en sus hermosos ojos azules. El rostro sereno, revelaba sosiego y firmeza, pese a todo. Pero estaba pálida. Muy pálida.

—La esperanza es muy pequeña, pero... la acepto —murmuró—. No me gusta cerrarme a toda posible confianza. Quiero creer que

las cosas son siempre mejor de lo que realmente son. Pero en el fondo de mí misma... sé que ya nunca más veré a Hans. Ni mis hijos tampoco...

Me incorporé. No hubiera sabido qué más decirle. Era mejor no decir nada. En realidad, si hubiera conocido los hechos, su horror no hubiera tenido límites. Y quizá se hubiera hecho la misma pregunta que yo me hacía en estos momentos a mí mismo. Quizá ella, como esposa de un cosmonauta igual que yo, me hubiera podido gritar, en un clamor de protesta, de ira, de rebeldía contra todo lo establecido:

—¿Por qué? ¿Por qué todo esto, Roger? ¿Por qué se hacen cosas así con los humanos? ¿Qué buscáis más allá de lo conocido, qué pretendéis encontrar fuera de este mundo? ¿Vale la pena perder a los seres queridos, en busca de algo que no tiene sentido? ¿Es justo que un hombre viaje a las estrellas... y vuelva convertido en una espantosa estatua de oro y de rubíes. ¡Vamos, respondedme! ¡Respondedme...!

Y, ciertamente, ninguno de nosotros hubiera sabido qué responder...

Capítulo II

OJOS DE ÁMBAR

—Sin novedad en Estación Espacial Centaurus Tres —me informó escuetamente el mayor Ben Goorman, mientras nos contemplábamos de modo mutuo en nuestros respectivos videoscopios, sobre la mesa de trabajo—. ¿Algo nuevo por Base Centro Alfa?

—Virtualmente, nada —suspiré—. Simple rutina cotidiana. Los vuelos espaciales han sufrido un reajuste este mes, por causa de las alteraciones provocadas por la explosión de hidrógeno en el Sol. Supongo ya estarán enterados de ello ahí, mayor.

—Sí, por supuesto. Eso nos ha alterado a todos. De cualquier modo, la cuestión se reduce a unos cuantos cambios en las cifras y datos de las computadoras —rio Goorman—. Y todo sigue igual. Incluso en los vuelos cósmicos existe la rutina.

—La rutina... —asentí, meditativo. Hubiera podido decirle algunas cosas a Goorman sobre determinados aspectos de lo que él llamaba “trabajo rutinario”, pero preferí no decir nada. El “asunto Hombre de Oro” seguía siendo top secret en nuestra Base. Y quizá valía más que fuera así.

Uno nunca podía prever las reacciones humanas ante determinadas cosas. Lo mismo eran capaces de ponernos a todos en la picota, que exigir el envío de más hombres al espacio, para que “algo” o “alguien” nos los devolviera convertidos en doradas estatuas de un valor incalculable.

Me hubiera gustado hablar con Goorman de todo eso, pero sabía que el mayor no podía ser informado todavía. Una comunicación con Centaurus Tres, podía ser interferida por cualquier otra estación receptora de mensajes espaciales, y llegar el informe a los redactores de noticias. Eso sería un desastre total para la Sociedad Astronáutica Internacional. Y, muy especialmente, para el Proyecto

Andrómeda.

Andrómeda... Siempre se ha relacionado el nombre de la fabulosa y remota Galaxia con todo lo inaccesible para el hombre. Y así era también esta vez. Sólo que, a juzgar por los hechos, iba a resultar mucho más inaccesible de lo que todos pudimos imaginar en un principio.

El primer hombre enviado en el Proyecto Andrómeda, había regresado. Pero convertido en... en “aquello”. Aún no podía entenderlo. Ni siquiera comentarlo con un buen amigo y camarada, como era Ben Goorman.

—¿Qué te ocurre, Roger? —me preguntó él de pronto, cambiando la frecuencia de onda de comunicación, para pasarla al Canal privado, que no era grabado ni registrado por los sistemas oficiales de la Base—. Te noto preocupado por algo...

—¿Preocupado? —me encogí de hombros—. Es posible, Ben. Tengo algo entre manos. No es fácil resolverlo, créeme.

—¿Personal o relacionado con tu trabajo? —se interesó Goorman, curiosa su expresión.

—Yo diría que tiene un poco de todo —suspiré—. A veces resulta fácil separar el factor humano del simplemente mecánico como miembros de un sistema y de una organización, Ben.

Se lo expuse así aquel día a mi amigo y colega Ben Goorman, mayor de las Fuerzas Armadas del Espacio, Patrulla Móvil 25, desplazado a Estación Centaurus Tres, en una de las bases en órbita en torno a Marte.

Se lo dije de ese modo, trivialmente, con una plena seguridad en lo que afirmaba. Y creo que jamás olvidaré lo que dije entonces desde nuestra Base en la Tierra, tan seguro de mí mismo y de mis sentimientos.

No debí hacerlo. Creo que nunca se puede asegurar nada en el mundo. Especialmente, cuando suceden cosas como la que había sucedido a mi camarada y colega Hans van Scraff, del Proyecto Andrómeda.

Porque yo había afirmado que sólo cuando sucede algo fuera de lo normal puede uno ser distinto a como cree ser. Y ése iba a ser, precisamente, mi caso. Lo que se iniciara en un momento dado, con la llegada desde el espacio de un hombre convertido en oro puro, iba a continuar no tardando mucho con otro hecho absolutamente

insólito.

Y esta vez, yo iba a ser el protagonista directo del fenómeno. Pero, claro está, en aquellos momentos no podía saberlo. Y, por esa misma razón, no pude callar a tiempo, ya que mi instinto jamás me reveló anticipadamente lo que iba a cambiar radicalmente mi vida y, tal vez, mi propio destino...

* * *

El teniente Bay Kellog pertenecía al Departamento de Investigación de la Sociedad Astronáutica.

Era un hombre joven, capaz e inteligente. Tenía que serlo, para ocuparse de tareas semejantes, en un mundo tan complejo como era el de los vuelos espaciales. Su uniforme azul marino, de botonadura gris metálica, mostraba el distintivo de la División Espacial de Inteligencia adscrita a nuestra organización mundial.

Acababa de hacer su examen. Y no había sido rutinario en modo alguno. No podía serlo, dadas las circunstancias.

Abandonó la estructura informe del vehículo. Se quedó mirándome, pensativo. Puso su mano, distraídamente, sobre el rugoso, abrasado fuselaje de aquel residuo metálico llegado de los espacios sin fin. Era difícil reconocer en tales restos al orgulloso y aerodinámico Tritón Solar que partiera tiempo atrás hacia su destino, más allá de las estrellas.

Sin embargo, sus palabras fueron concretas y precisas, pronunciadas con mecánica seguridad:

—No hay duda, comandante. Es la misma nave que partió. El examen de sus restos no deja lugar a dudas. Idénticas aleaciones, análisis positivos... Sólo que alguna fuerza demoledora la trituró, deformándola y aniquilando cuanto había en ella de mecánico. Sencillamente, fue como cuando un navío es golpeado por el mar contra las rocas, y tras desguazarlo en los arrecifes, lo arroja a la orilla, casi irreconocible.

—¿Un choque, quizá? —sugerí.

—No, no lo parece. Es... es como si hubiera estado sometido a la acción de alguna energía desconocida. Ambos sabemos que la aleación metálico-plástica del Tritón Solar, era refractaria al calor, al fuego, a toda clase de armas, e incluso a la energía termonuclear. Sin embargo, ha vuelto destrozado el vehículo... y no sabemos aún las causas. Como tampoco sabemos la razón inconcebible por la

cual un hombre convertido en estatua de oro podía viajar a bordo, de regreso a la Tierra...

Hubo un silencio. Era la primera vez que mencionaba a Van Scraff y su metamorfosis alucinante. No le gustaba el tema, evidentemente. A mí tampoco. Creo que lo que uno no consigue entender, siempre resulta molesto. Y es más cómodo tratar de olvidarlo o ignorarlo.

—Todo es un misterio insoluble, teniente Kellog —murmuré.

—Insoluble, al menos por el momento —admitió él, preocupado. Inclínó la cabeza, contemplando los jirones rugosos del fuselaje desgarrado, como si en vez de la más fuerte, resistente y liviana aleación jamás lograda por el hombre, la materia de que se componía la nave estelar hubiera sido simple o débil lata... Tras un silencio, abandonó conmigo el hangar celosamente vigilado por patrullas de servicio armadas, en uno de los puntos menos frecuentados de la Base, y añadió con lentitud—: Es obvio que no todo está descubierto en nuestro Universo, pero la existencia de algo capaz de convertir a un hombre en un ser de oro puro, no se me había pasado jamás por la imaginación. Y menos aún que su sangre, al derramarse, se cristalizara en rubíes perfectos. No tiene sentido, comandante.

—No, no lo tiene. Pero vaya al centro hospitalario, y podrá comprobar que Van Scraff sigue viviendo, respirando, con su corazón palpitando... debajo de su corteza de oro. Es horrible, teniente.

—Imagino que la Medicina nada puede hacer al respecto...

—Imagina usted bien. Se le aplica una terapia especial, a través de radiaciones que atraviesen la capa metálica de su piel. Física y clínicamente, responde a todo. Eso es lo tremendo. Creo que él... él “siente” cuanto sucede alrededor, “sabe”, “piensa”, incluso SUFRE, bajo esa inmovilidad dantesca de su envoltura de oro. Queremos hacer mucho más por él, y tropezamos con el muro de una naturaleza desconocida que se interpone entre él y nosotros como una barrera inmutable. El doctor Alexis le aplica un tratamiento alimenticio de vitaminas y proteínas proyectadas a sus organismos, y él responde fisiológicamente, aunque con mucha lentitud...

—Todo eso es penoso, comandante. Pero irremediable —suspiró el investigador—. Lo que debemos hacer, es desligarnos del factor

humano, con todo lo doloroso que pueda resultarnos, y concentrarnos en el problema científico y técnico que ello crea para todos nosotros desde el momento mismo de acontecer.

—Estoy de acuerdo —admití, pensativo—. Pero usted, como experto en investigaciones, debe darse cuenta en seguida de cuál es el punto crucial de este extraño caso.

—Efectivamente: ¿cómo sucedió todo? ¿Hasta dónde llegó el astronauta Van Scraff, y qué fue lo que le convirtió en lo que es ahora?

Asentí. Esa era la gran incógnita. La interrogante sin respuesta posible, en apariencia. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Los instrumentos de a bordo están todos ellos averiados e inutilizados —señalé—. Los registros magnéticos se han borrado, bajo la acción de algún fenómeno espacial. Creo que no tenemos absolutamente nada con que empezar, ¿me equivoco, teniente?

—No, no se equivoca —resopló de mal humor el teniente Kellog, sacudiendo la cabeza—. Esto es una simple chatarra del espacio. Nos han devuelto unos residuos inútiles. En ellos, no he encontrado nada en absoluto que me sirva de base. ¿Los han sometido a análisis especiales en los laboratorios?

—Sí. Los resultados no fueron muy halagüeños, teniente —golpeé, pensativo, las rugosas, deformadas planchas de metal plastificado, lo que un día fuese esbelto y agresivo vehículo cósmico, capaz de llegar a los astros, a velocidades inconcebibles para el hombre sólo unos pocos años antes, a finales del siglo XX. Añadí, taciturno—: Pudo haber llegado más allá de todo lo conocido... o pudo no haber salido de nuestro Sistema Solar, teniente. No hay datos computados. Perdimos contacto con la nave de Van Scraff hace mucho tiempo, cuando se inició su viaje cósmico. Siempre pensamos que estaba perdido para siempre... hasta que... hasta que volvió de ese modo...

—¿Ninguna huella de polvo cósmico, de algún elemento insólito, adherido a su fuselaje? —insistió Kellog, ceñudo.

—Ninguno —suspiré—. Si hubo alguno antes de entrar en la atmósfera terrestre, la fricción y la velocidad, que llegó a ponerlo incandescente, extinguió toda huella y aniquiló todo vestigio. Resistió la aleación porque estaba concebida para soportar cualquier temperatura, por elevada que fuese. Pero en su superficie,

si quedaba algo capaz de ser analizado, el tremendo calor originado extinguió esa posible materia.

—De modo que no tenemos nada. Absolutamente nada...

—Eso es, teniente: absolutamente nada, salvo unos despojos de una nave superior a todas las demás, mejor que ninguna otra creada hasta ahora por el hombre... y un ser humano transformado en criatura viviente con caparazón de oro y sangre de rubíes licuados... Algo enloquecedor.

Nos mantuvimos en silencio ambos. Yo entré en los restos de la nave, mientras él reflexionaba, anotando unos datos breves en su agenda. No esperaba hallar nada, allí donde él, un experto, no había encontrado cosa alguna. Pero quería contemplar, una vez más, el escenario de un largo viaje cósmico terminado tan misteriosa y horriblemente.

Como dijera Kellog, poca cosa quedaba indemne allí dentro: tableros de mando, controles, sistemas magnéticos, circuitos electrónicos, pantallas de televisión, computadoras y sistemas automáticos de rumbo, velocidad y comunicaciones, aparecían destrozados, ennegrecidos, deformes y totalmente inútiles.

Lo contempló todo en silencio, tratando de imaginarme qué clase de cataclismo pudo producir aquel desastre. No era fácil tarea.

El destrozo era absoluto. Y los materiales utilizados en la construcción de una nave espacial de esta condición, casi siempre eran punto menos que indestructibles en las más adversas circunstancias. Armas convencionales, fenómenos cósmicos o problemas de choques y fricción, estaban totalmente superados. Una especie de invisible envoltura magnética se formaba en torno a las naves como la Tritón Solar, apenas era enviada al espacio exterior, y la fuente generadora de ese magnetismo protector, partía de los propios centros energéticos de la nave. De modo que los meteoros, aerolitos, el polvo cósmico, las fricciones con posibles atmósferas, e incluso el improbable choque con la superficie de un mundo cualquiera, quedaban automáticamente atenuados hasta mantener a la nave indemne, sin que el hecho la dañase.

Y sin embargo...

Sin embargo, pese a todas esas garantías, que yo, como comandante del Cuerpo Especial de Navegación Espacial, conocía muy bien, aquí teníamos al Tritón Solar... convertido en pura y

simple chatarra.

Algo inexplicable. Tan inconcebible como la presencia, en los centros sanitarios, de un ser humano convertido en estatua de oro.

—Nada de todo esto tiene sentido —me escuché a mí mismo, hablando con el vacío que me rodeaba en el desgarrado interior de la nave.

Afuera, caminando por el hangar, sentía los pasos suaves del teniente Kellog. Paseaba como un tigre enjaulado. Estaba tan confuso y aturdido como yo mismo.

Me apoyé en los carbonizados mandos de la nave. Ante mí, pulverizadas pantallas de televisión y computadoras electrónicas aparecían arrugadas, informes, rotas o ennegrecidas, entre jirones de metal plastificado y vidrios irrompibles, blindados, que eran sólo como azúcar pulverizada, tras alguna explosión demoledora que los hizo añicos.

Algo realmente espantoso tuvo que suceder a bordo del Tritón Solar. Y ello me hizo pensar en el Galactus. Me sentí más preocupado que nunca.

El Galactus esperaba orgullosamente su momento en una de las grandes pistas de despegue de la Base. Era una nave gemela del Tritón Solar. Quizá, incluso, más perfeccionada. Y bastante más amplia. Capaz para seis personas.

Entraba en los planes de la Sociedad de Astronáutica enviarla pronto al espacio. Pero yo me preguntaba si, después del regreso de Van Scraff, y después del estado en que volvió su majestuosa nave a la Tierra, valdría la pena intentarlo de nuevo...

Mientras pensaba en todo eso, abstraído, mis dedos jugueteaban distraídamente con los fragmentos de los mandos averiados, con piezas sueltas o dispersas, arrancadas del conjunto total, o colgando de cables deshilachados.

De repente, me quedé mirando lo que tenía en la mano.

Era absurdo.

Aquello no pertenecía a la nave. No podía pertenecer en absoluto a una nave espacial. Ni el mando le hubiera autorizado nunca a Van Scraff a llevarlo consigo cuando partió de la Tierra, rumbo a las estrellas.

Era un objeto alargado, también ennegrecido en parte por la explosión. Su materia aparecía deforme, como derretido por un

extremo. Pero aun así, su naturaleza estaba, clara para mí, mientras le daba vueltas entre mis dedos, lleno de perplejidad.

Era un instrumento musical.

Una flauta o cosa parecida.

Sacudí la cabeza, sorprendido, tratando de entender la presencia incongruente de semejante objeto entre el instrumental complejo de una nave cósmica, y no lo conseguí.

—Además... a Van Scruff nunca le gustó la música —recordé, atónito.

Y mis ojos eran incapaces de apartarse del rústico y singular instrumento.

Era sencillo. Un simple tubo, un delgado cilindro provisto de orificios, con sus lengüetas dentro. Una extremidad intacta, aquella donde se apreciaba la rendija para aplicar a los labios y soplar.

No sé por qué lo hice.

Lo cierto es que, sin pensar siquiera en lo que estaba realizando, de una forma puramente mecánica e instintiva, llevé el instrumento a mis labios.

Y lo hice sonar.

O, cuando menos, lo intenté. El instrumento no emitió nota alguna. Lo estudié, comprendiendo que debía estar tan averiado como todo lo que había a bordo de aquel vehículo cósmico. Pero hice un segundo intento, y observé que el aire entraba en el instrumento y las lengüetas metálicas vibraban en sus orificios de salida.

En buena lógica, con todo eso, el instrumento "tenía" que haber emitido alguna música. Pero ni una sola nota brotó de él.

Luego, de súbito, "la vi a ella". A aquella mujer.

Capítulo III

LA MUSICA NO SE OYÓ

Supe que era una mujer, aunque inicialmente no vi más que sus ojos. Sus increíbles y enormes ojos rasgados, color de ámbar puro, transparente y casi dorado.

Una mujer que se materializó ante mis ojos como si fuese una proyección en la propia atmósfera, en el aire mismo, viniendo de ninguna parte. Un rostro tenue, difuso, como hecho de simples trazos de boceto, sin concluir. Sólo los ojos eran absolutamente visibles, en su totalidad. Unos increíbles ojos fijos en mí desde... ¿desde “dónde”, Dios mío?

Y entonces capté su voz. Y la música...

La música era algo fantástico, como llegado de otro mundo, de otra dimensión. Ni siquiera estuve seguro de que fuese música. Ni tan sólo de que estaba, realmente, oyéndola...

En cuanto a la voz de ella... de ésa sí estuve bien seguro. De su timbre, de su sonido, de que llegaba a mis oídos nítidamente, aunque débil, difusa, lejana, tan remota como el destello de un fulgor estelar, perdido entre galaxias de los confines mismos de nuestro Universo.

La melodía profunda y cálida de aquella voz susurrante, me envolvió como algo embriagador, extraño y mágico:

—Tú..., tú, hombre, quienquiera que seas..., ven a mí...

Sacudí la cabeza, estupefacto. Me pregunté si estaba soñando con los ojos abiertos, o si de repente me había convertido en un visionario. O en un loco que imaginaba cosas que no sucedían ni podían suceder.

—No, no es posible... —musité—. No puede ocurrir algo así...

Y la voz lejana, melodiosa e inquietante, me sonó en los oídos, dentro mismo del cerebro, con apremiante anhelo, con una rara angustia que hacía temblar en trémulo matiz sus palabras

incomprensibles:

—Tienes que creerme... Estoy hablándote... Me dirijo a ti... Tú puedes llegar a mí, puesto que posees el medio... Esa música..., esa música te puede traer hasta mí... Y serías capaz de... de liberarme, de sacarme de este infierno terrible, peor que la misma muerte... Ven... ¡Ven a mí, te lo ruego! ¡No me dejes abandonada a mi suerte, hombre amigo! Te necesito... Te necesito como jamás nadie necesitó a otra persona...

Petrificado, sin poder creer lo que oía, mantenía mis ojos clavados en el aire, en el vacío, en aquel sombrío rincón del destrozado vehículo espacial, donde se materializaba, con la magia misma de un ectoplasma espiritista, aquella visión inaudita, aquellos fantásticos ojos ambarinos, de dorados destellos... Y donde yo creía apreciar el boceto sutil, borroso, de unos labios femeninos pidiendo ayuda, de un óvalo perfecto, como la obra ideal de un artista.

Una mujer que no podía existir, dirigiéndose a mí desde alguna parte, en la Nada...

—Es imposible... —repetí—. Estas cosas no pueden suceder...

—Por favor, no dudes... Existo. Y sólo tú podrías venir hasta mí... Pero ten cuidado. Ten cuidado con el oro mortal... y con los dioses que lloran sangre... Ten cuidado con el sendero de luz y de música... Ten cuidado con el Túnel de las Estrellas... ¡Pero cruza todo eso, llega hasta mí... y sálvame...! Te espero. Sé que vendrás... Un día, alguna vez... tú vendrás, a pesar de todo... Ahora noto que se debilita el contacto. Me voy... Se borra nuestra relación intergaláctica... Adiós, hombre amigo... Adiós.

—¡Espera! —llamé, alzando la mano con energía, para detener aquella visión que se diluía, que se borraba ante mis ojos—, ¡No te vayas! ¡Aún no, mujer, quienquiera que seas! ¡Espera...!

No esperó. Quizá le era imposible hacerlo. Se diluyó como una imagen reproducida en la superficie de un estanque, al que se le arroja una piedra y diluye en círculos concéntricos que rompen el reflejo.

Yo volví a tañer la extraña flauta llegada de ninguna parte. Si emitió alguna música inaudible para mí, alguna melodía fantasmal, no la pude captar tampoco esta vez. Ni ahora hubo materialización alguna.

Bajé la mano que esgrimía el raro instrumento. Me quedé parado en medio de la cámara de mandos del Tritón Solar. A mi alrededor, los jirones de metal eran como desgarros hechos en un cuerpo titánico, vencido por una fuerza desconocida. Volvía a estar solo en la nave. Preguntándome si había soñado todo aquello o si, realmente, vi unos ojos de ámbar y capté una voz profunda y misteriosa, pidiéndome ayuda, reclamando auxilio desde alguna otra dimensión insólita, que yo no alcanzaba a comprender.

—¿Qué le pasa, comandante? ¿Hablabas quizá en voz alta?

Me volví. Incluso había llegado a olvidar a Kellog. El oficial investigador asomaba a la desgarrada portezuela de la nave, contemplándome con extrañeza. De un modo instintivo, sin saber la razón exacta de mi propia actitud, oculté con rapidez mi mano a la espalda. La mano en la que oprimía la singular flauta deformada, aquella que emitía música que no me era posible oír, pero que había coincidido con la fantástica presencia de la imagen materializada ante mis ojos.

—Oh, sí, eso era —sonreí forzosamente, haciendo un gesto de indiferencia—. Pensaba en voz alta, teniente. Hablaba conmigo mismo, creo que a causa de la desorientación que todo esto me produce...

—Lo comprendo muy bien, comandante. Cuándo me encuentro tan confuso como en estos momentos, yo también acostumbro a hablar solo, como si ello me sirviera de algo —sacudió la cabeza, con aire aturdido—. Dios mío, ¿qué informe puedo yo pasar al Gobierno y a los organismos de control espacial internacional? Ni siquiera sé cómo empezar...

—Sí. Es como un callejón sin salida —señalé a lo que nos rodeaba, la nave toda, procurando apartar de mi mente la visión de unos ojos de ámbar vivo, el eco de una voz melodiosa y remota, el misterio de una música que no se oía... Y añadí, ceñudo—: Aquí empieza y termina todo. Van Scraff llegó a alguna parte, en un remoto confín del Cosmos. Dónde pudo ser, creo que no estamos nadie en condiciones de señalarlo. Sabemos que salió de nuestro Sistema Solar, posiblemente incluso de nuestra Galaxia..., pero eso es todo. ¿Adónde llegó? Es la gran incógnita.

Kellog levantó los ojos, fijándolos en el techo acristalado del gran hangar especial donde habíamos arrinconado para su estudio

al Tritón Solar. Los grandes tragaluces de vidrio blindado, permitían descubrir la enorme pléyade luminosa de los astros, como formando una gigantesca, titánica interrogante en el propio Universo, como única respuesta a las dudas y preguntas de todos nosotros.

—¿Adónde, Dios mío? —susurró—. ¿Dónde puede convertirse un hombre en estatua viva de oro... y dónde la sangre humana puede gotear, cristalizándose en bellísimos rubíes?

—Allí donde los dioses lloren sangre, teniente...

—¿Cómo? —pegó un respingo y se volvió para mirarme estupefacto—. ¿Dijo usted, comandante...?

Yo mismo me había sobresaltado. No tenía sentido. Ni siquiera podía concebir que hubiera dicho aquella tontería: “Dónde los dioses lloran sangre...”

Lo había dicho “yo”, eso era evidente. Y, sin embargo, no quise en ningún momento decirlo. Ni lo pensé siquiera. Era algo que había brotado impulsiva, bruscamente de entre mis propios labios. Como una frase dictada por alguien que no era yo. Por una mente ajena, que hubiera dirigido, por un instante, mis impulsos y mis reacciones...

—Perdone —murmuré, confuso, aturdido—. Creo que estaba desvariando... No me tome en serio, teniente. Creo que mencioné algún viejo poema, leído en alguna parte... que ni siquiera sé cómo me ha venido ahora a la mente...

Kellog me miró, dubitativo. Sospecho que no creyó demasiado en mi excusa, pero tampoco hizo comentario alguno. Yo, por mi parte, seguía sintiéndome angustiado, preocupado por lo que estaba sucediéndome.

Porque aquella frase, aquella mención de unos dioses “que lloraban sangre”, me había sido formulada poco antes por una especie de sombra llegada de la Nada, por alguien proyectado de alguna forma mágica o metafísica a través del gran vacío intergaláctico: la mujer de los ojos de ámbar y la voz musical...

La mujer que pedía auxilio desde el infinito. Desde lo desconocido.

* * *

—Lo desconocido... ¿Le asusta lo desconocido, comandante Last?

—Sí, creo que empieza a asustarme.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Oh, doctora, no sabría decirlo, pero... pero las cosas ocurridas últimamente, me han hecho reflexionar. Reflexionar mucho.

—¿Sobre qué?

—Sobre ciertas cosas que creía inamovibles. No todo podemos dominarlo con nuestra ciencia ni nuestra técnica. Hay hechos en la Creación que quizá estén fuera de nuestro alcance por toda la eternidad. Lugares del Universo adonde jamás seremos capaces de llegar. Y en los que muchas cosas que suceden están fuera de nuestra imaginación.

—¿Le hace pensar en todo eso lo sucedido con el astronauta Van Scraff?

—Sí, creo que sí —mentí a medias—. ¿Qué otra cosa, si no? Van Scraff, la nave galáctica y todo lo demás... Me temo que intentamos llegar demasiado lejos. Hasta donde aún no estamos preparados para darle alcance...

—Me pareció, por un momento, que se mostraba usted raro...

—¿Raro? —enarqué las cejas, estudiando con vivacidad a la doctora Muriel Crabbe, del Departamento de Medicina Espacial de la Base—. ¿En qué sentido?

—No lo sé. Hablé con usted y con el doctor Alexis tras el hallazgo increíble de Van Scraff, convertido en estatua de oro. Le noté entonces confuso, asombrado, pero ahora me dio la impresión de que usted... usted se mostraba más impresionado que en aquellos momentos.

—Es posible que entonces no hubiera pensado todavía a fondo en el problema. La propia sorpresa me impidió analizar los hechos. Ahora... ahora los veo con mucha mayor nitidez. Y casi estoy asustado...

—¿Asustado? ¿Cree que lo que le sucedió a Van Scraff puede sucedernos también a nosotros en alguna ocasión? —dudó la doctora, sorprendida,

—No es eso, doctora. Es que... lo que no se comprende, lo que no tiene explicación natural y lógica, no puede causar sino miedo... Miedo de que nos enfrentemos a algo oscuro y terrible, algo espantoso y desconocido, cuya explicación puede resultar aún más terrible que su propia incógnita, su carácter enigmático.

—Deje de preocuparse por ello. No puede hacer nada,

comandante. Es atormentarse en vano. Existe un organismo que investiga las cosas que se salen de lo corriente, ¿no es cierto?

—Investigar... —repetí, con sarcasmo. Moví la cabeza, expresivo—. Cielos, amiga mía... No se imagina usted lo que piensan también los investigadores. Están sumidos en confusión, en dudas y vacilaciones... Creo que se sienten tan preocupados como yo mismo.

—Pues deje las preocupaciones para ellos —me aconsejó la joven doctora con un gesto risueño en su bonito rostro, inteligente—. Su misión es dirigir viajes espaciales, no sufrir por lo que los expertos no saben descubrir por sí mismos en otros terrenos.

—Recuerde que Van Scruff es uno de mis hombres, un astronauta de nuestro grupo...

—No lo he olvidado. Yo sé lo que significa que un compañero emprenda un viaje y regrese de la forma en que lo hizo él, pero... pero todos sabíamos que emprender la ruta hacia otras galaxias, implicaba abrir nuevas puertas a lo desconocido. Y lo desconocido siempre puede ser maravilloso, fantástico..., pero también puede ser hostil, destructivo, terrible.

—Ni siquiera podemos estar seguros de eso. Van Scruff regresó bañado en oro, pero sigue viviendo..., si eso es vivir. Vegetando bajo la costra de oro, diría yo. Sólo que... ignoramos si es resultado de una simple mutación, o la obra de un enemigo de nuestra forma de vida.

—Eso no se puede investigar aquí, comandante Last —suspiró la doctora Crabbe—. Sólo hay un sitio donde descubrir la verdad: aquel donde estuvo el astronauta Van Scruff.

—Un lugar al que, posiblemente, ninguno llegaremos jamás —suspiré a mi vez, cansadamente.

—Sí, es posible. Es más, estoy segura de ello —se detuvo ante el gran ventanal semicircular, encristalado hasta el techo, y abierto a la panorámica increíblemente bella y espectacular de nuestra Base, de sus amplísimas pistas y rampas de despegue, de sus instalaciones modernas, estilizadas, lineales, de una arquitectura fría y aséptica, muy a tono con nuestra época y nuestras costumbres. La vi mirar al exterior, como si sus ojos, muy azules y brillantes, muy expresivos y vivaces tras las gafas de montura metálica, liviana, que la doctora siempre había preferido a las lentillas habituales en toda persona, desde hacía lustros y lustros. Quizá ella pensaba, en el fondo, que

unas gafas de bella línea seguían siendo más atractivas, e incluso más sensuales para una mujer llamativa como lo era ella, que cualquier otro hallazgo de la óptica pasada o moderna.

—¿Qué contempla, doctora? —quise saber.

Ella tardó en responder. Cuando lo hizo, su tono era inexpresivo, como mecánico. Y no me miró. No giró la cabeza. Seguía mirando al exterior. A la noche. A la Base. A los cohetes y naves a punto de partir hacia las estrellas, cuando se les diera la orden adecuada...

—Todo —dijo—. Y nada. Contemplo el cielo, la oscuridad, el brillo de los astros... y eso con lo que pretendemos darles alcance, a indagar sus más íntimos secretos. Simples objetos metálicos. Máquinas frías e insensibles. Circuitos electrónicos, computadoras y todo eso. Control remoto. Hombres programados como máquinas. Luego, de pronto, salta lo imprevisto, lo que no está en ningún tratado de Astronáutica, ¿y qué sucede? Que nos horrorizamos, que nos sentimos inmersos en un auténtico horror de dudas, de temores, de angustias...

—Doctora, ¿pretende filosofar sobre los defectos de nuestra civilización? —me sentí defraudado—. Es algo que no esperaba en usted...

—No, no he sido nunca persona dada a la filosofía —rio ella, algo burlona, volviéndose al fin hacia mí. Caminó unos pasos en mi dirección. Creo que estaba más interesado en sus azules pupilas, en su boca carnosa y roja, en su figura esbelta, alta, ceñida por la bata amarilla del Cuerpo de Medicina Espacial, con distintivos azules de Especialidad Neuropsíquica, que por todo lo demás que nos rodeaba—. Comandante Last, estaba mirando algo en concreto también.

—¿Qué?

—El Galactus.

Me estremecí. Recordé. La nave gemela del Tritón Solar. Perfeccionada. Con mandos más precisos. Más poderosa. Sus fotones de salida eran de gran potencia. Luego, sus sistemas de propulsión trans-galáctica, podían llegar a convertirle en una simple chispa de luz viajando a velocidades inconcebibles para los demás astronautas. Sólo Van Scraff conoció lo que era ir más allá de la velocidad de la luz, más allá de toda celeridad física imaginable.

El Galactus. Esperaba, en la Cosmo Pista Uno, el momento de ser lanzado a los cielos en una misión específica. Sólo esperaba.

Faltaban meses, acaso años, visto lo sucedido al Tritón Solar, para repetir la experiencia. Un cuerpo especializado de cosmonautas, estaba siendo preparado adecuadamente para el nuevo gran salto.

—El Galactus... —repetí despacio—. Sí, doctora. Imagino lo que piensa. Pero será diferente, dado lo que sucedió. Irán varios astronautas. La misión será más concreta, quizá más limitada, incluso. No pretenderán llegar a Andrómeda o más allá, como se dispuso en el viaje fantástico de Van Scraff.

—Pero será otro viaje a lo desconocido. Pensaba en ello. ¿Qué encontrarán allí? ¿Acaso un mundo de oro, de rubíes, de fabulosas riquezas, donde los tesoros lleguen a posesionarse de los hombres, como algo vivo?

No hubiera sabido qué responder. Pero lo cierto es que no respondí nada. Nunca lo hice. No me dieron tiempo, porque entonces sucedió lo imprevisto. Lo que jamás imaginamos ella ni yo.

La puerta de la cámara se abrió cuando iba a intentar una respuesta, la que fuese. Y nos vimos cara a cara con ellos. Y con las armas.

—No se muevan —avisó uno fríamente.

—No, no lo hagan, doctora. Será lo mejor para usted... y para el comandante. Salvo que prefieran morir... rápida y silenciosamente. Ahora mismo, claro está.

Me quedé contemplándoles, asombrado, incrédulo. Les conocía muy bien. No eran delincuentes. Ni intrusos en la Base. Por eso no había podido funcionar ningún sistema de alarma.

—¿Es una broma? —murmuré bruscamente, aunque la pregunta sonaba a ridícula, ya que nadie, por simple broma, empuñaría armas tan destructivas como pistolas térmicas, cuyas cargas explosivas podían convertir a un hombre en una piltrafa irreconocible, con un solo impacto sobre su persona.

Y ellos llevaban dos de esas armas. Las dos con luz roja en su botón de percusión. Eso quería decir que estaban cargadas. Y a punto de disparar sobre nosotros. No, decididamente no podía ser una broma.

Y sin embargo, ellos eran personas eminentemente especializadas y eminentemente honorables dentro de la Sociedad Internacional de Astronáutica. Ellos eran el delegado de la Mundo-

Cosmos, Nils Eklund, y el profesor de astrobiología, Branko Czek.

—Ciertamente, no es una broma —negó rotundamente el profesor Czek, que parecía ser el cabecilla de aquel reducido grupo formado por ambos hombres—. Es un asalto en toda regla, puede estar seguro de ello.

—Un asalto... —suspiré. Moví la cabeza, desorientado—. No lo entiendo muy bien, caballeros. ¿Qué pretenden con este juego ridículo?

—Oro —dijo fríamente Czek.

—Y rubíes —rio sardónico Eklund.

—Oro... y rubíes —me estremecí. Ellos no tenían por qué saber eso. No formaban parte del reducido grupo de especialistas y expertos a los que se autorizó por la superioridad a ser informados del regreso misterioso de Van Scraff. Pero al mirar sus expresiones, comprendí que ellos estaban interpretando perfectamente mis propias ideas.

—No, comandante —sacudió el profesor Czek su cabeza con energía, y soltó una breve risita entre sus delgados labios, rodeados por doquier de erizados cabellos canosos—. La verdad es que no va mal encaminado. No sabíamos nada. Pero a veces, los rumores conducen a gente bien informada, el soborno a informes concretos... y los informes a una verdad curiosa y muy interesante. ¿Se imagina, comandante?

—¿Qué debo imaginar? —pregunté secamente.

—Un mundo donde el oro y los rubíes sean como piel humana y sangre. Sangre y epidermis de seres vivientes, ¿se da cuenta? Algo que cuesta poco encontrar. Y que vale una fortuna. Oro, piedras preciosas... Seguro que el llanto y el sudor se convierte en diamantes, ¿no le parece?

Si era un chiste, no tenía gracia. Pero el delegado Eklund rio la broma de su amigo, y éste, a su vez, soltó una breve risa divertida, con ojos chispeantes, burlones. Ojos torcidos, claros, malévolos. Eklund, muy rubio y pecosó, era un gigante aparentemente bonachón. Pero empezaba a pensar que era sólo apariencia.

—Diamantes... —sacudí la cabeza, sombrío—. Depende... A veces, hay quien llora sangre...

Se quedaron mirándome todos como quien oye una locura. Incluso la doctora Crabbe, repentinamente pálida y asustada tras la

aparición brusca de los dos hombres en la cámara del pabellón técnico, clavó en mí una ojeada de perplejidad evidente. Los dos hombres pestañearon, como si yo les hablara en una lengua desconocida para ellos.

—Llorar sangre... ¡Qué tontería! —Czek meneó la cabeza calva, ovoide, con aire irritado—. No sé de qué habla, comandante, pero sigo avisándole que no bromea con nosotros. El delegado Eklund y yo, hemos tomado una decisión.

—¿Qué decisión? —indagué.

—Puede imaginarla. Este es un golpe de fuerza. Con todas sus consecuencias.

—Pero ustedes pertenecen a la Base, forman parte de la organización...

—¿Y qué diablos puede importar eso? —refunfuñó Eklund—. Cobramos un salario, tenemos un hogar, disfrutamos de unos servicios socializados... y eso es todo. Aspiramos a mucho más.

—¿A qué? —quise saber.

—Ya lo oyó antes: oro, rubíes... y todo eso.

—Oro y rubíes... —suspiré—. Si conocen la historia de Van Scraff, me pregunto qué pueden buscar aquí, en este pabellón. Ni la doctora ni yo creo que tengamos la piedra filosofal en nuestro poder.

—No, es evidente que no la tienen. Pero les necesitamos. A los dos.

—¿A... los dos? —me inquieté. Y no por mí. Me miraba de soslayo la doctora, y yo la miré a ella, preocupado. Luego, tuve verdadero miedo a lo que pudiera suceder después de aquello. Traté de contemporizar. Y de llegar a una conclusión definitiva, fuese cual fuese—: ¿Por qué, Eklund? ¿Qué podemos hacer nosotros en su favor? Sólo somos funcionarios, como todos los demás en esta Base...

—No, comandante. Usted es jefe de equipos de navegación espacial. Y profesor especializado en vuelos cósmicos de gran duración. Eso significa algo, ¿no?

—¿Qué significa, según ustedes?

—Que Van Scraff era discípulo suyo, y estuvo entrenado por usted para el gran viaje a lo desconocido.

—¿Y qué?

—Es la clave de todo. Usted es nuestro hombre. No podemos mantenerlo aparte de este plan. Lo hemos pensado mucho... y lo hemos decidido. Forma parte del grupo.

—El grupo... —musité, inquieto—, ¿Qué grupo?

—Pronto lo sabrá —el profesor Branko Czek miró de pronto a la doctora Crabbe—. En cuanto a ella... también la necesitamos. Nos es imprescindible. Como usted.

—¿Imprescindible? ¿Para qué?

—Nosotros lo sabemos. No tienen por qué saberlo ustedes todavía. De todos modos, serán informados adecuadamente de cada paso que demos, hasta el final.

—Hasta el final... —repetí, inquieto, alarmado—. ¿Qué final?

—Eso... es cosa nuestra —rio burlonamente el profesor Czek.

Y aunque ignoraba de qué estaban hablando, qué era lo que exactamente esperaban de nosotros dos, en relación con sus ambiciones inexplicables... me asusté. Tuve miedo. Un miedo inexplicable al inmediato porvenir de la doctora Crabbe y de mí mismo. E incluso de muchas otras cosas que no quería siquiera pensar.

Luego, fue el delegado Eklund quien habló:

—Ahora, señores, vamos. Emprendamos la marcha. Y recuerden que al menor fallo... haré fuego. Y lo mismo hará el profesor. Con todas sus consecuencias.

—La marcha... ¿hacia dónde? —quise saber con voz ronca.

—Hacia el Galactus, por supuesto —me informó gentilmente el profesor Czek, con una expresión abiertamente sarcástica.

Capítulo IV

A BORDO DEL “GALACTUS”

El Galactus.

Era un orgulloso proyectil apuntando hacia el cénit. Un monstruo afilado y centelleante, de forma puntiaguda, vertical hacia los astros, sobre la pista central de despegue.

La obra maestra de la ingeniería humana, del avance técnico en astronáutica. Sus mecanismos interiores eran un prodigio de perfección mecánica. Sus sistemas de propulsión, únicos. Fotones para la partida inicial. Velocidad superlumínica, que convertía matemáticamente en un centelleo de luz toda su forma física, su estructura total, incluidos sus ocupantes, aunque por la relatividad misma de las cosas, esos ocupantes hipotéticos jamás se darían cuenta de que sus cuerpos, su ámbito, su nave y sus elementos todos, eran simple ráfaga luminosa, viajando por el Cosmos a velocidades ingentes, capaces de llegar a millones de años luz en simples semanas o meses de tránsito espacial.

El Galactus era el objetivo primordial de los dos traidores. Lo habían confesado abiertamente. Y yo lo había sospechado ya desde un principio.

Ahora, estábamos a bordo.

No había sido tan difícil como yo imaginara. Ni mucho menos. En realidad, incluso me sentía defraudado. Los servicios de seguridad no eran tan sólidos como imaginara. Muchas cosas que las autoridades creían perfectas en la Base, distaban mucho de serlo. Sistemas de alarma, controles y patrullas de vigilancia, habían fracasado clamorosamente. Tal vez había por medio interferencias, manipulaciones de todo tipo. Pero lo cierto es que salvaron sorprendentes dificultades, y nos encontramos “dentro” del Galactus antes de que me diera exacta cuenta de ello.

Dentro del Galactus. Dicho así, parece algo simple. No lo era

tanto. Penetrar en aquel proyectil fabuloso, de gran tamaño, montado sobre los soportes de lanzamiento, con la cabeza termonuclear que nos proyectaría al espacio, en medio de aquella pista inmensa, bajo las estrellas lejanas y centelleantes, no era empresa sencilla, ni mucho menos. Pero lo habíamos logrado. O, mejor dicho, “ellos” lo habían logrado. El profesor y el delegado. Los dos traidores. Los dos hombres dispuestos a llegar adonde llegó una vez Van Scruff. Dispuestos a ir demasiado lejos.

—Bien —murmuré—. Ya lo lograron. ¿Y ahora...?

—Ahora... debemos esperar.

—Esperar... ¿qué? —indagué, ceñudo.

Las luces verticales, derramaban sobre nosotros chorros de luz cruda, cayendo desde la bóveda cristalina de la cámara de controles. Alrededor nuestro, pantallas de visión, de datos computados, y otras de control de vuelo, formaban una especie de círculo de rectángulos de vidrio, empotrados en los blancos elementos de los tableros de mando, de los botones, teclados y paneles de computadoras electrónicas de complejo funcionamiento.

En medio, nosotros cuatro. Las armas térmicas eran siempre una doble amenaza contra nosotros. Estaba seguro de que, en caso de emergencia, cualquiera de ellos la utilizaría contra la doctora y contra mí. De lo que aún no estaba demasiado convencido, era de la naturaleza exacta de los planes de mis antagonistas.

—Esperar el principio de todo —rio Eklund, revisando todo el instrumental—. ¿Sabe cuál es ese principio, comandante?

—Espero que me lo digan ustedes —repliqué secamente.

—No hará falta —suspiró Czek—. Lo sabrá por sí mismo, muy en breve.

Y lo supe. Vaya si lo supe. Instintivamente, por esa extraña razón que nos mueve a veces a actitudes heroicas, la doctora Crabbe había pasado a rozar conmigo su esbelto cuerpo de mujer joven y tremendamente atractiva, del mismo modo que yo, por ese instinto, la rodeaba con mi brazo, sujetándola contra mí, como protegiéndola de algo. Algo que aquellos dos locos podían desatar en cualquier momento. Y que, desde luego, podía ser un desastre que nos implicase a los cuatro.

Y al Galactus con nosotros.

Teniéndola contra mí, abrazada por la cintura, creía estar más

tranquilo porque su seguridad hipotética era mucho mayor. No dejaba de mirar a los dos asaltantes armados, a cuya merced estábamos ambos irremisiblemente.

Mientras esperaba a saber en qué consistía aquel principio anunciado por ellos, traté de ordenar mis propios pensamientos del modo más adecuado posible. Incluso intenté divagar con ellos dos:

—No van a conseguir nada con todo esto —señalé.

—Es lo que usted dice, comandante —me replicó Czek.

—Es una empresa demencial. Nadie puede poner en funcionamiento el Galactus.

—Miente —rio Eklund—. “Usted” puede hacerlo.

Me estremecí. El maldito delegado tenía razón. Yo podía hacerlo. Era profesor de astronautas. Un experto en la materia. Pero no imaginé que él lo supiera con tanta seguridad.

—Y aunque así fuera —volví a contemporizar—. ¿De qué serviría?

—De mucho. Usted puede llevarnos... hasta el fin de nuestro viaje.

—El fin... ¿cuál es? —indagué.

—El mismo que encontró Van Scraff.

—Van Scraff —moví la cabeza, tratando de ser pesimista—. ¿Quieren volver convertidos en estatuas de oro, tal vez?

—No —negó Eklund—. Queremos volver llenos de oro, de rubíes... de riquezas, en suma.

—¿Riquezas? —dudé—. A Van Scraff, temo que esas riquezas le dejen indiferente. Todos ambicionamos el oro y las piedras preciosas. Pero nunca formando parte de nuestro propio ser, substituyendo a nuestros propios tejidos.

—Eso es ridículo. Donde hay algo capaz de convertir a un ser humano en oro, debe haberlo capaz de proporcionarte todo ese oro sin dañarte —dijo agriamente Czek—. Lo hemos pensado muy bien. Está decidido. Los cinco vamos a ir en busca de eso.

—¿Los... “cinco”? —me sorprendí, con un escalofrío—. Sólo estamos aquí cuatro personas...

—Eso es —rio Eklund—. Falta la quinta persona. Es lo que estamos esperando, comandante.

—Otra persona... —medité, sombrío—. Cinco personas... ¿hacia dónde?

—Eso... nadie lo sabe. Usted conducirá esta nave. Sabemos que las cargas energéticas están a punto. Sabemos cómo activarlas. Lo sabemos todo... menos tripular esta nave cuando abandone el Sistema Solar. Ahí empezará su tarea... o su muerte, si se niega, aunque sea la muerte de todos. Elija usted mismo, comandante.

—¿Me están sugiriendo que debo ir adonde fue Van Scruff?

—No se lo sugerimos, comandante. Se lo “ordenamos” —rectificó glacialmente la voz del delegado Eklund.

Creo que apreté con mayor fuerza a la doctora. Y que ella manifestó, con voz quebrada, llena de incertidumbre, de terror, de auténtica angustia:

—Es horrible... No podremos sobrevivir. Esta aventura demencial no puede iniciarse así, alegremente...

—Pues se iniciará, doctora Crabbe —afirmó rotundo el profesor Branko Czek—. Usted, el comandante, nosotros dos... y alguien más, iniciaremos este viaje hacia el infinito. Hacia el todo... o hacia la Nada.

—Alguien más... —repetí—. Pero... ¿quién, por todos los diablos?

—Yo, profesor —dijo una voz.

Y me volví hacia la puerta del Galactus, que se deslizaba suavemente, dejando entrar desde el compartimiento estanco de acceso a una persona más, la última del grupo, según lo que dijeran nuestros raptos. La quinta persona destinada a viajar en la supernave hacia los astros.

De nuevo sufrí una gran sorpresa ante lo imprevisto.

El quinto viajero espacial... era una mujer.

Una increíble y bellísima mujer, cuya sola presencia me produjo miedo.

* * *

Una mujer.

Extrañamente morena, escurridiza, felina. De carnes firmes, musculosas y bronceadas, de negro cabello sedoso, brillante, rebelde. Como sus oscuros ojos, centelleantes igual que cuentas de azabache. Ropas negras, ceñidas. Ellas permitían apreciar la forma exuberante de sus pechos, la rotundidad de sus muslos y de sus nalgas. Era una hembra vital y poderosa. Pero también sinuosa, elástica, casi maligna de aspecto.

—Al fin llegaste... —suspiró Eklund, con alivio.

—Te has demorado, Zeena —dijo a su vez el profesor Czek.

—Lo siento —habló ella con voz glacial—. No pude llegar antes.
¿Todo a punto?

—Todo —afirmó Czek—. Ellos son el comandante Last y la doctora Crabbe.

—Perfecto —asintió ella, risueña, contemplándonos con ojos escudriñadores—. Disponemos de un jefe de vuelo, un experto cosmonauta, maestro de cosmonautas, además. Y de una doctora en Medicina Espacial y Psiquiatría cósmica. No tenemos nada que temer.

—Nada —convino Eklund—. Ahora, todo depende del momento en que debamos partir.

—¿Momento? —la morena e inquietante Zeena me miró con malignidad. También clavó sus ojos relampagueantes en Muriel Crabbe, y creí ver en su expresión una especie de instintivo odio hacia la doctora, casi de celos virulentos de mujer. Luego, añadió con aire indiferente, encogiéndose de hombros—: Este es tan bueno como otro cualquiera. Vamos ya.

—¿"Ahora"? —musitó con asombro Czek.

—Ahora mismo, sí —admitió ella, con rara autoridad sobre los dos hombres. La puerta, a su espalda, se había cerrado. Ella parecía conocer el terreno que pisaba, porque pulsó una tecla en el muro, y se encendieron las luces rojas a bordo. Estábamos en período inmediato de arrancada. Disponíamos sólo de dos minutos como plazo máximo para salir disparados al espacio.

—¿Sabe lo que ha hecho? —musité—. Ahora estamos obligados a partir. Dentro de ciento veinte segundos, los cohetes de propulsión se dispararán automáticamente. Y será sólo el principio de un proceso en cadena... que nos conducirá a viajar por los espacios galácticos, a millones de años luz de la Tierra... con remotas posibilidades de volver a ella...

—Lo sé —afirmó ella con frialdad, exhibiendo casi de modo desafiante sus blancos dientes entre el rojo violento y carnoso de sus labios entreabiertos en una mueca cruel, que era a la vez sonrisa y rictus de agresividad—. ¿Tiene miedo, comandante?

—Miedo por ustedes y por nosotros —afirmé—. Si no llevamos trajes espaciales al partir, moriremos todos dentro de esta nave...

—Creo que esos trajes existen a bordo. Y se pueden ajustar en un minuto —dijo ella.

—En cuarenta y cinco segundos exactamente —dije, con tono seco.

—Entonces... ¿a qué espera, comandante? ¡Vamos, a los trajes espaciales! ¡Y que nadie intente evitar el curso de los acontecimientos, o no dudará lo más mínimo en provocar la muerte de todos nosotros, y el fin del Galactus!

Miré al compartimiento de vestuario. Los trajes espaciales, de diversos colores, esperaban allí. El indicador de tiempo, en cuenta atrás, iba señalando implacablemente los segundos:

...Ciento diez, ciento nueve, ciento ocho, ciento siete, ciento seis, ciento cinco...

—¡Pronto, a vestirse! —aulló rabiosamente Czek—. Yo les vigilaré hasta el segundo sesenta, en que me vestiré yo mismo. ¡Vamos ya!

Pasamos allá. La doctora, el delegado Eklund, la misteriosa Zeena y yo. Czek nos vigilaba, tenso y pálido. Sabía que el tiempo era riguroso, preciso, inapelable. Jugaba con él audazmente, y no pude por menos de admirar su sangre fría, pese a que estábamos actuando en terrenos opuestos, él como captor y yo como capturado.

Quería preguntar muchas cosas, pero no era el momento. Los segundos eran como mazazos inapelables a nuestra mente y a nuestros sentidos. El Tiempo se había convertido en nuestro amo y señor por unos terribles segundos que nadie podía ya aplazar.

El Galactus vibraba bajo nuestros pies. Sin duda, a estas horas, toda la Base estaba ya en vilo, alertada por la súbita puesta en marcha de los sistemas de propulsión de a bordo, en su fase decisiva. Pero ya nada ni nadie podían frenar lo irrefrenable. Nadie podía detener la partida del Galactus. Los controles remotos eran inútiles. Los sistemas de comunicación exterior, hacían parpadear violentamente las luces del tablero de radio, pero nadie respondía ni atendía a las llamadas.

Ahora, los destinos de todos nosotros estaban en manos de un elemento puramente frío y mecánico: el Galactus. Si todo iba bien, partiríamos hacia alguna parte, no sé adónde. Si no... estallaríamos en pedazos, junto con el vehículo espacial, en el centro mismo de la

Base.

Lo cierto es que cuarenta y dos segundos más tarde, estaba yo ataviado totalmente en mi hermético traje espacial, provisto de escafandra plástica. Era de color rojo intenso, con el distintivo de comandante de a bordo.

Los demás terminaron poco después. Luego, Czek pasó a vestirse, en tanto Zeena y Eklund pasaban a controlarnos a la doctora y a mí. La cuenta atrás seguía, inexorable:

...Setenta y dos..., setenta y uno..., setenta..., sesenta y nueve..., sesenta y ocho..., sesenta y siete...

Faltaban pocos, muy pocos segundos cuando Czek, el quinto astronauta, se vistió con su uniforme azul pálido, junto al azul intenso de Eklund, el amarillo de Zeena, el verde de la doctora, y el escarlata mío.

Luego, nos tendimos en nuestros respectivos asientos de despegue. La cuenta llegaba a su fin vertiginosamente, entre un horrisono estremecimiento de la nave, sacudida por la ignición de los grandes motores impulsores a fotones, y el desfile veloz y alucinante de las electrónicas cifras rojas, en los tableros del muro, ante nuestros dilatados ojos:

...Veintiuno..., veinte..., diecinueve..., dieciocho..., diecisiete..., dieciséis...

Giré la cabeza. A través de la escafandra plástica que envolvía mi cabeza, contemplé a Muriel Crabbe, tendida junto a mí, sujeta, como yo mismo, por las anillas de seguridad que la propia nave accionaba momentos antes del despegue. Todo en torno nuestro temblaba, las luces oscilaban violentamente, y no me era difícil imaginar lo que sucedería en esos momentos afuera, en la Base, tanto en las instalaciones de los hangares y departamentos de control, como en las propias pistas, despejadas para dejar salir al monstruo de los espacios, extrañamente puesto en funcionamiento contra todo lo previsto.

...Doce..., once..., diez... nueve..., ocho..., siete...

—Dios mío... —pensé, moviendo mis labios en un murmullo que ella no podía entender y, mucho menos, llegar a percibir, a través de nuestros cascos transparentes—. ¿Qué va a suceder ahora? ¿Adónde nos llevará la locura de esos desquiciados?

No había respuesta. Sólo cifras luminosas, brincando ante mis

ojos, como en una pesadilla aterradora:

...Seis..., cinco..., cuatro...

El temblor de la nave era irresistible. Vibraba toda ella. Nuestros cuerpos eran como materia a punto de reventar, de distorsionarse en un destrozo físico sin remedio... Una nueva oscilación de luces, dejó casi en penumbras la nave toda.

...Tres..., dos..., uno...

Y luego, el temblor final, el caos, acaso el principio... o el fin para todos nosotros.

¡Cero!

Un estallido. No sé si en el exterior, o dentro de la nave. O en el interior de mi cuerpo y de mi mente. De cualquier modo, un estallido que lo desgajó todo, que me hundió en el desastre de lo inexplicable. Y que me impidió seguir pensando, seguir sintiendo... Que me hizo hundir en el absoluto y negro vacío de la Nada...

* * *

—Estamos navegando... Pero Dios mío, ¿por dónde?

Fue lo primero que escuché al recuperar la noción de las cosas. Era una voz quebrada, llena de angustia, la que llegó a mis oídos en ese momento. Luego, borrosamente, algo más alcanzó mi entendimiento, tan turbiamente como lo anterior:

—No sé... Habría que preguntarle a él...

Abrí los ojos. Las figuras deformadas, las imágenes distorsionadas, sólo duraron unos segundos. Después, el propio silencio en torno mío, me hizo erguirme, sobresaltado. Miré a Eklund y a Czek, que eran los que habían hablado. Zeena, en cambio, estaba silenciosa. No me miró siquiera, inclinada sobre el visor de un aparato de televisión exterior, que sólo mostraba un inmenso campo, salpicado por millones de estrellas.

Yo era “él”. Se acercaban a mí. Me iban a interrogar. Giré la cabeza. A mi lado, también se recuperaba lentamente la doctora Crabbe. Al parecer, el despegue fue normal por completo. Nada había sucedido. Estábamos en marcha. En marcha... ¿hacia qué lugar?

—Vamos, comandante —dijo Czek con una sonrisa glacial—. Usted es ahora el piloto de esta nave. Ocúpese de los mandos. Hemos perdido todo control de los sistemas de a bordo. Son demasiado complejos para el profesor y para mí.

—Lo imagino —afirmé secamente. Me incorporé y, aunque me tambaleaba un poco, pude caminar hacia los mandos. La gravitación artificial del Galactus, impedía todo fenómeno de flotación o ingravidez. Aun así, uno notaba algo muy raro al moverse. Pero, cuando menos, se movía pegado al suelo.

Llegué ante el cuadro de controles, amplio y semicircular. No tenía que preguntar nada a nadie. Aquélla era mi tarea. Yo la dominaba mejor que nadie. Quizá de no ser así, jamás hubiera estado a bordo del Galactus.

Hice una serie de comprobaciones y cálculos. Pulsé unas teclas. En una pantalla me salieron las cifras programadas. Las leí, pensativo. Luego, miré al tablero celeste, fosforescente, que brillaba en un muro de la nave. Un rápido cálculo me confirmó los datos recibidos.

—Es como imaginaba —dije—. Abandonamos el Sistema Solar.

—¿Qué? —jadeó Czek, palideciendo—. Eso no es posible. Sólo llevamos unos minutos de viaje...

—Minutos... —repetí—. Sí, profesor. Minutos, para nosotros. La nave sigue rumbos muy diferentes. Va a una velocidad que nunca imaginaría. Hemos roto con muchas cosas establecidas. Si mis cálculos no son erróneos, y la visión del cielo me dice que no lo son, estamos camino de las Nubes Magallánicas, estamos expandiendo nuestra ruta hacia puntos muy alejados no sólo de nuestro Sistema Solar, sino incluso de nuestra propia Galaxia... En suma, dentro de poco, si las velocidades se mantienen en su progresión creciente esperada, habremos rebasado los cien mil años luz...

—¡Cien mil años luz! —se estremeció Eklund—. No es posible, comandante. En tan poco tiempo... ¿cómo puede ser ello posible?

—Porque esta nave es diferente a todas. Porque nos movemos fuera de todo lo convencional. Cometieron un error al aspirar a tanto. Han querido ir demasiado lejos... y jamás se empleó mejor esta frase, amigos míos. Ahora... sólo Dios puede detenernos ya. O enviarnos a algún lugar donde nos sea posible sobrevivir...

—Y luego, en todo caso... ¿adónde iríamos? —preguntó amargamente la doctora Crabbe, ante el silencio de nuestros captores.

La miré sacudiendo la cabeza. No supe qué responder. Ni quise hacerlo tampoco. Me limité a entrar en el vestuario de a bordo, y

despojarme de mi traje espacial, que colgué en su armario. De momento, mientras no saliéramos de allí, del interior del Galactus, no nos era necesario en absoluto.

Y al desvestirme, casualmente introduje la mano en uno de los bolsillos de mi uniforme... y rocé “aquello”.

La flauta.

La misteriosa flauta sin sonidos, que volvió de la Nada y del Misterio, junto con el hombre hecho figura de oro.

La pregunta de la doctora Crabbe flotaba aún en mi mente:

“Y luego... ¿adónde iríamos, en todo caso?”

No sé por qué, se me ocurrió una respuesta absurda y delirante, dictada por un recuerdo fijo en mi mente. Pero no la di. No la mencioné, aunque retumbó dentro de mi cráneo, como una voz ajena a mí, como una idea extraña, inculcada en mi cerebro por algún remoto poder mental:

“Iremos, quizá, adonde los dioses lloran sangre... A través de las Galaxias... A través del Sendero de Luz y Música... A través del Túnel de las Estrellas...”

No. No se lo dije. Pero estuve seguro de que en alguna parte, en el espacio infinito, en los confines estelares adonde el hombre no llegó jamás, las cosas serían así.

Y existirían esos lugares que yo debía salvar para llegar hasta algo. Hasta alguien.

Hasta un destino que parecía marcar mi existencia, mi futuro, mi vida y mi muerte tal vez...

Capítulo V

LUZ Y MÚSICA

—¿Por qué hace todo esto?

Zeena se quedó mirándome con su fiera expresión de hembra avasalladora, pura sensualidad y pasión. Sus ojos eran profundos y relampagueantes. Hablaban de ambiciones, de deseos y de falta de escrúpulos de todo género.

—¿Y lo pregunta? —rio, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué hacen los humanos todas las cosas que hacen, comandante Last? Por llegar a alguna parte. A algo que ambicionan.

—Usted está llegando más lejos que ninguna otra mujer lo hizo antes —señalé con sarcasmo—. A las estrellas...

—No me refería a eso. No poseo espíritu de exploradora espacial.

—¿De qué, entonces?

—De poder. De riquezas. De dominio sobre los demás. Todo eso se alcanza con el dinero, con los metales preciosos, con todo aquello que se cotiza con gran valor.

—Y por eso está aquí ahora —suspiré—. Viajando hacia un lugar donde los hombres pueden convertirse en oro, como en un imperio fabuloso de un nuevo Midas.

—Oro, rubíes, diamantes o esmeraldas. Sea ello lo que sea, en nuestro mundo vale mucho y usted lo sabe. Pero no pretendo ser yo la que regrese envuelta en oro, sino dueña de cosas de gran volumen y peso, convertidas en oro puro.

—¿Cree que va a encontrar esa utopía, realmente?

—Tengo que encontrarla —apretó los labios, con gesto de insano placer—. Si está en alguna parte, y no es un nuevo Eldorado, lo encontraré, esté seguro.

—Es una mujer de firmes decisiones —ponderé—. Y de gran convicción.

—Lo soy —afirmó, enérgica. Me estudió, entre maliciosa y pensativa—. ¿Por qué me está preguntando todo eso?

—Simple curiosidad —murmuré—. Quería conocer sus objetivos. Y sus ideas.

—Ahora, ya las conoce. ¿Satisfecho?

—En parte —la estudié, reflexivo, procurando no fijarme demasiado en sus mareantes curvas de mujer explosiva—. Usted no pertenece a la Base.

—No —negó—. Ni a la organización en que usted trabaja, comandante.

—¿Cómo se ha metido en esto, Zeena? Estaba dentro de la zona prohibida, donde el control sobre los extraños es riguroso. Y parece saber muchas cosas de nuestra organización. Incluso secretos que no han salido nunca de aquí, y que muy pocos compartimos. Me refiero a Van Scruff.

—¿Eso le intriga, comandante? —sonrió, como una loba podría hacerlo, enroscando su cuerpo sensual en el asiento situado ante los controles de vuelo, que era donde se acomodaba ahora, examinando atentamente el vacío estelar hasta que yo la interrumpí con mis preguntas.

—Sí, me intriga. Aunque imagino que la fuente de sus informes estará en Czek o en Eklund, naturalmente.

—No está equivocado —rio burlona—, Nils Eklund es un delegado eficiente. Pero se ciega ante una mujer atractiva. Y comete errores. ¿Usted no, comandante?

Era una insinuación malévola, envuelta en una mirada candente. Parecía querer que olvidase yo su condición de captora nuestra, de enemigo de la doctora Crabbe y de mí. De adversario, en suma, de la propia Sociedad Internacional de Astronáutica... y de la Ley, por supuesto.

Procuré mantenerme apartado de ella como si nos separase un muro de hielo. Era una muchacha ardiente y peligrosa, maligna y sinuosa. Capaz de todo por llegar alto, muy alto. Y, desde luego, no estaba refiriéndome a las estrellas...

—No me ha ocurrido nada así —repliqué, evasivo—. Tal vez algún día pueda responder mejor a su pregunta, Zeena.

—Seguro —humedeció sus labios carnosos con la extremidad de su rosada lengua, muy lentamente—. Algún día será capaz de

responder a eso, comandante..., especialmente, si usted desea hacerlo, y encuentra la chica adecuada. Lo cual, dado su atractivo varonil y su capacidad técnica como hombre del espacio, no resultará nada difícil...

Se inclinó hacia mí, como queriendo confirmar eso con actitudes prácticas. Me miraba profundamente, sus ojos oscuros se entornaban y su boca entreabierta era una tentación escarlata. Por la cremallera de su indumentaria liviana, de tejido plastificado blanco, asomaba el inicio de unos senos enhiestos y poderosos, que palpitaban al impulso de sus encendidas pasiones interiores.

Me eché atrás con frialdad, sin pestañear siquiera, sin eludir su mirada. Zeena se paró en seco, como ofendida por mi acción. Sus ojos brillaron extrañamente. Luego, soltó de repente una breve risa.

—¿Qué le pasa, comandante? —susurró—. ¿Acaso es que está enamorado ya... y teme darle celos o causarle algún dolor sentimental a su chica?

La alusión a la joven doctora Crabbe era evidente. Muriel se quedó mirándome y yo a ella con cierta incomodidad. Me apresuré a replicarle secamente a nuestra hermosa y desaprensiva captora:

—Se equivoca, Zeena. No todo ha de ser siempre como usted imagina. Existen otra clase de relaciones entre hombre y mujer, cuando estos son compañeros de trabajo, camaradas en un mismo afán.

—Entre hombre y mujer, nunca puede haber otra relación —se burló ella, agresiva—. Al final, siempre termina todo igual. Son hombre y mujer, no compañeros ni camaradas, comandante Last. Todo lo que me diga contra eso, será simple hipocresía. O estupidez.

—No soy hipócrita. Por tanto, debo ser estúpido —miré de soslayo a Branko Czek, el profesor, que era mudo testigo de nuestra charla, ocupado en las tareas de control de la nave, al otro lado de la cámara central del Galactus. Parecía ajeno totalmente a nuestra polémica y a los devaneos de Zeena con otros hombres. Quizá sabía que era así, o quizá no le preocupaba demasiado que fuese infiel a su compinche, el delegado Eklund, ahora ausente, ocupado en revisar las fuentes energéticas y las reservas alimenticias de a bordo, en las correspondientes cámaras de la parte del vehículo, reducido ahora a la cápsula espacial que salvaba distancias infinitas

a supervelocidades increíbles.

Miré las pantallas luminosas donde aparecía el gran espacio intergaláctico, y las cifras marginales, en fluorescente color verde o rojo, señalando los datos matemáticos sobre nuestro vuelo y situación.

—Aceleramos demasiado —señalé—. Eso es ya Escultor. Dejamos muy atrás las Nubes Magallánicas.

—Escultor... —repitió el profesor Czek con un estremecimiento—. Casi cuatrocientos mil años luz... en sólo unas horas de vuelo. Es inconcebible, comandante. No puedo creerlo. Me resisto a pensar que estemos... que estemos tan lejos de nuestro pobre mundo... perdidos en este océano de soledad y de vacío, sin principio ni fin.

—Pues así es —suspiré—. Para nosotros, ya el Tiempo en sí ha dejado de existir. Puede sucedemos todo en sólo unos meses, como ocurrió al pobre Van Scraff. O transcurrir siglos, entre este momento y nuestro regreso a la Tierra... si alguna vez regresamos, profesor.

—Es preciso que volvamos —afirmó él rotundamente. Me miró, con un brillo fanático en sus ojos—. Usted sabe que esta clase de naves pueden volver...

—Yo no sé nada —suspiré, encogiéndome de hombros—. Sobre estas cosas, nunca se sabe lo suficiente, profesor Czek. Existen unos cálculos, unas teorías... pero luego, la realidad, se ocupa de destruir muchas de esas hipótesis.

—Volveremos —aseguró rotundamente Zeena—. ¿De qué nos servirían el oro y las piedras preciosas en otro lugar del Universo? Tal vez allí adonde vayamos... no posean el menor valor.

—Es una aventura demencial —murmuré—. Hemos sobrepasado las fronteras de todo lo conocido. Solamente Van Scraff llegó hasta aquí. Luego... no sabemos mucho más. Pudo sobrepasar Andrómeda, pudo llegar incluso a los límites del Universo conocido, más allá de Géminis, a cientos de millones de años luz. Pero ¿tendremos alguna vez la respuesta sobre su punto de destino?

—Es preciso encontrarla. Si el Tritón Solar llegó, con más motivo podrá llegar el Galactus...

—No teorice, profesor. El Tritón Solar regresó hecho una piltrafa. Quizá el Galactus resista más, pero... siempre nos quedará la duda. Una duda que sólo podrá despejarse con el tiempo. Ese

tiempo que, para nosotros, ha dejado de tener ya algún sentido...

Me mantuve silencioso durante un tiempo, mientras navegábamos a velocidades fuera de toda consciencia humana. Las cifras, en las computadoras, saltaban vertiginosamente, señalando millones y millones de millas, cientos y cientos de años luz, en un delirio enloquecedor de sucesión de cantidades matemáticas. Silenciosamente, los ultra-motores movidos por energía cósmica acumulada, nos proyectaban a través del Universo hacia...

¿“Hacia dónde”?

Unos ojos de ámbar vinieron a mi mente, a mi recuerdo. Y una voz de mujer, llegando de remotos confines espaciales, en una materialización que tuvo mucho de metafísica. O quizá en un simple mensaje mental intergaláctico, provocado por... por la flauta que no sonó.

Luz y música... El Túnel de las Estrellas... Y al final de todo eso, quizá ella, su mundo, todo lo demás...

Y el secreto. El gran secreto de Van Scruff y su travesía a otras galaxias. La historia de su transformación en un ser de oro puro, con rubíes por sangre.

Era curioso que aquellos tres ambiciosos delincuentes hubieran conducido con su loca acción a este momento. Ahora, volábamos hacia ese desconocido punto oscuro del Cosmos donde podía estar aquella mujer cuyo recuerdo había llegado a obsesionarme, haciéndome incluso soñar con su borroso rostro hermoso, en las pocas horas de descanso que había tenido a bordo, desde que partimos de la Tierra, rumbo a ninguna parte.

Ojos de ámbar...

Palpé en mi bolsillo la pequeña flauta misteriosa, el elemento incongruente y enigmático dentro del Tritón Solar. Algo que no podía ni debía estar allí, en suma.

Miré a mi alrededor. La doctora Crabbe, resignada y silenciosa, ocupándose del estudio de todos nosotros y de nuestras reacciones psíquicas y simplemente físicas, en la computadora médica, de examen a distancia. Sin necesidad de análisis ni estudios directos, la máquina computaba matemáticamente a todos y cada uno de nosotros, con nuestras reacciones, estado físico y mental, metabolismo y cuanto podía ser alterado por las circunstancias mismas del vuelo.

La doctora Crabbe, ciertamente, podía ser muy atractiva y agradable. Pero nunca había pensado en ella más que como lo que era, una compañera, una colaboradora en la tarea común. No sentía ningún amor ni deseo físico o espiritual hacia ella, como insinuara Zeena.

Zeena...

Ella podía enloquecer a muchos hombres, pero no a mí. Estaba a resguardo de sus temibles armas. El sexo no podía hacerme olvidar de mis responsabilidades ante los demás. No lograría una seducción, si es lo que buscaba. Yo no era Eklund.

En cuanto al propio Eklund y el profesor Czek, eran dos personas despreciables, capaces de todo por lucro y por afán de poder, lo mismo que Zeena, quizá el espíritu maléfico que tentó a Eklund y lo condujo a la traición y el delito.

Me pregunté qué sucedería si ahora, en aquellos confines galácticos, se me ocurría tañer de nuevo la melodía silenciosa, la música que no se escuchaba... ¿Vería con más facilidad a “Ojos de Ámbar”? ¿Escucharía de nuevo su voz?

Situé los controles automáticos, y me excusé, dirigiéndome a la cabina de aseo. Cerré la puerta. Me contemplé en el espejo.

Estaba algo pálido y cansado. Aquella experiencia no era agradable. Yo no había sido escogido para viajar en el Galactus. Todo era un juego irónico del destino.

Extraje la flauta misteriosa. La contemplé, pensativo.

Luego, muy despacio, la llevé a mis labios. Soplé en ella.

No brotó tampoco sonido alguno esta vez. Pero vi vibrar sus lengüetas metálicas.

Y, de repente, todo estalló en torno mío.

* * *

Fue como si el Galactus mismo reventara, en medio de un estallido de luz cegadora, inconcebible. Una luz llegada del Más Allá, de una fuente de energía de incalculable poder. Agitado, deslumbrado por aquel destello de soles, caí hacia atrás, gimiendo algo, sin poder ver nada, salvo el raudal luminoso que me envolvía, hasta herir mis retinas como si fuese fuego vivo. Un fuego blanco y radiante, que podía abrasar mis pupilas para siempre.

Finalmente, pude oír la música. Y confieso que nunca antes de ahora, habían captado mis oídos sonidos semejantes, notas tan

singulares e increíbles, tan melodiosas y, a la vez, delirantes, agudas, vibrando por doquier, envolviéndome, al tiempo que en luz total, en una embriaguez de música de otros mundos.

Eran notas de flauta. De una flauta maravillosa y dulzona, que se repetía hasta el infinito, como en un conjunto orquestal de miles y miles de flautas sonando al unísono...

Y cada nota era como una vibración, como una sacudida a mi propio cuerpo. Sin dolor, pero sutilmente, cada parte de mi ser parecía disolverse en temblores, en simples vibraciones melodiosas que fundían mi cuerpo en la luz y en la nada.

Mente, consciencia, sensaciones físicas, absolutamente todo, se diluía en un placer supremo, en una paz y un sosiego como jamás existieron antes en mi vida. Quería hacer algo y no me era posible. Me sumergía en aquel océano de luz radiante, de melodías sin fin, entre las cuales parecía flotar mi cuerpo, estremecerse y disolverse, como en una senda prodigiosa, donde no había formas ni materia, sino sólo luz y música, en dirección a alguna parte...

* * *

El Túnel de las Estrellas.

Era aquél. Yo lo sabía. Estaba ante mí, con su puerta abierta, con su acceso ante mis ojos, esperando que penetrase en él, en medio de aquel vuelo psicodélico en que me hallaba inmerso. A mi alrededor, las luces eran oleadas cambiantes de color y de gas en expansión, mientras la música sonaba siempre, siempre, dulcísima y remota, aunque creciendo paulatinamente en intensidad, como si me estuviese aproximando a algún sitio.

No sentía mi cuerpo. La sensación de flotar en el Cosmos era total. Pero un Cosmos sin más estrellas que aquellas que, de repente, como luminarias fabulosas, emergían ante mí, formando el cerco a una negra boca de vacío hacia ninguna parte. El Túnel de las Estrellas sin duda alguna...

¿La salida del Universo hacia un ultra-Universo? ¿El tránsito entre dos formas de creación? ¿La puerta a un macrocosmos no sospechado jamás?

Tal vez todo eso. O algo más que eso.

Yo flotaba, flotaba vertiginosamente, en un vuelo hacia aquella abertura negra, entre astros centelleantes, hacia un umbral a lo Desconocido. Posiblemente más allá, la materia, la luz, el sonido y

cuanto yo conocía, iba a ser diferente y maravilloso. O terrible y desolador.

Sólo que yo sabía que allí, en alguna parte, me esperaban unos ojos de ámbar. Y una mujer que pedía socorro a un hombre que nunca vio. Y seguí adelante. Me hundí en la negra boca del Túnel de las Estrellas.

Y alrededor mío, todo estalló en colores delirantes que me envolvieron como masas de gas incandescente y policromado. Volé hacia lugares que nadie había conocido jamás. Liberado del peso físico, de la sensación de gravidez corpórea, acaso hecho pura y simple luz, energía o espíritu, me remonté a otro Universo, a otras galaxias que no eran las que conocían los astrónomos, ni las que figuraban en las cartas celestes.

Di el Gran Salto, más allá de Géminis, más allá de la Nebulosa 0348. Más allá de los ¡mil millones de años luz...!

Lo supe. Nadie tuvo que decírmelo. Mi mente, acaso todo yo convertido en puro pensamiento intangible, lo captó de alguna parte de aquella inmensidad insospechada y fabulosa, situada más allá de las estrellas.

Y de súbito...

De súbito, tras un segundo o una eternidad de viaje ultra cósmico... la voz melodiosa en mis oídos. La voz de “Ojos de Ámbar”, musitando suave, dulcísimamente junto a mí, en alguna parte, más allá de la forma y de la materia:

—Bien venido, hombre amigo. Bien venido... Sabía que llegarías un día. Sé bien venido a la Morada de los Dioses... a la Supernebulosa de la Nada Total... Pero no te fíes de nadie. Y defiéndete de todo el que sea tu enemigo... hasta llegar a mí... y salvarme de este horror. Ahora ya estás cerca de mí. Más cerca de lo que jamás lo estuviste...

La Morada de los Dioses. La Supernebulosa de la Nada Total.

Fue la primera vez que oí hablar de todo ello. Un instante más tarde, en aquella distorsión infinita de Tiempo-Espacio... vi todo aquello con mis propios ojos.

El trayecto había terminado. El Gran Viaje había tocado a su fin.

Capítulo VI

MÁS QUE DIOSES

Abrí los ojos. Miré alrededor mío.

Luego, me contemplé a mí mismo. Mi cuerpo.

Existía aún. Era yo. Yo mismo. Con mis ropas de antes. Con mi aspecto y físico de siempre. Pero estaba seguro de que no había sido así en todo momento. Un instante después, tuve la confirmación.

Ante mí, sonó una melodía fantástica y extraña, una sucesión de notas que mi oído no había llegado a percibir antes en toda su vida. Música abstracta, extraña, pero de sonido armonioso, bellísimo, capaz de adormecer los sentidos y de hacerle flotar a uno en una suave sensación de ingravidez.

Cada sucesión de notas musicales, produjo un milagro, una materialización insólita. Ante mí, se hicieron físicamente visibles, como MODELANDOSE en el vacío a través de aquellas vibraciones musicales, todos y cada uno de mis compañeros de vuelo espacial: la doctora Crabbe, Zeena, el profesor Czek, el delegado Eklund...

—Ustedes... —murmuré—. Han hecho mi mismo viaje...

—¿Viaje? ¿Qué viaje? —murmuró la doctora—. ¿Qué ha sucedido en realidad, comandante?

—¿Dónde estamos? —jadeó Zeena—. Esto no es nuestra nave...

La nave. No, no estaba allí. No nos envolvía en su frío metal plastificado, lleno de mecanismos y aparatos electrónicos. No estábamos ni siquiera encerrados, sino al aire libre. En un lugar increíble.

Mis ojos se deslizaron por un cielo hecho de gases luminosos, de estelas fosforescentes cuyos colores yo no recordaba haber visto jamás en el iris. Eran otros colores que me resulta imposible describir, que ningún ser humano concibió jamás.

El lugar... era tan increíble como el propio celaje luminoso.

Miré a mi alrededor, fascinado. Los altos, inmensos tubos

plateados, parecían surgir de aquel suelo terso y espejeante sobre el que permanecíamos erguidos. Era como hallarse en un decorado surrealista de imaginación delirante. Las formas de cosas que, quizá fuesen arbustos o vegetación, piedras o plantas, nunca las había visto o imaginado antes de ahora. Era un puro delirio de fantástico cromatismo.

Los tubos emitían música. Igual que si pertenecieran a un órgano fabuloso. Luego, lenta, muy lentamente, cesaron en su melodía. El silencio súbito, alrededor nuestro, nos inquietó a todos.

—Mi arma... —jadeó Eklund, muy pálido—. ¿Dónde está? No voy armado...

—Yo tampoco —susurró Czek, angustiado—. Nos han despojado de ellas... ¿Qué nos está sucediendo, comandante Last?

—No lo sé —confesé secamente—. Ustedes querían ir a alguna parte, ¿no es cierto? Bien, parece que fueron complacidos. Estamos en algún lugar donde antes no debió haber ser terrestre alguno... con la sola excepción de Van Scraff.

—¡Van Scraff! —repitió Czek, excitado—. Eso podría significar...

—...Oro y rubíes —señaló roncamente Zeena, cuyos ojos fulguraron de codicia,

—Es posible —señalé en derredor—. Vean esas formas, esas materias... Todo aquí es rígido y como metálico. Es posible también que esos gigantescos tubos sean de puro platino, no sabría decírselo. Pero me temo que esas hipotéticas riquezas no sirvan de mucho aquí, donde ahora estamos, ni seamos capaces de trasladarlas hasta la Tierra.

—Usted parece saber muy bien dónde estamos, comandante —me acusó Eklund, ceñudo—. ¡Díganos pronto qué lugar es éste, maldita sea!

—Está perdiendo la serenidad muy pronto —sonreí—. Lo cierto es que aunque lo supiera, no estaría obligado a decírselo. Pero sé tanto como ustedes. Aunque sospecho que hemos atravesado barreras hasta ahora prohibidas al ser humano... y hemos llegado más allá de todo lo conocido. Más allá del propio Universo, amigos...

—¿Se ha vuelto loco? ¡No existe un “más allá”! —rechazó Zeena, airada.

—Siempre existe algo, después de donde otra zona termina, no

lo olviden. Hemos penetrado a través de un túnel abierto entre los astros, hacia alguna parte. Quizá sea éste un mundo de dioses. Pero no dioses como los humanos hemos imaginado, sino auténticos seres superiores, dueños y señores de fuerzas inconmensurables para nuestra mísera dimensión de criaturas humanas...

—Habla como un demente —me replicó Eklund—. No sabe lo que dice. No existen dioses ni nada parecido. Si acaso, otra forma de vida. Y eso será todo...

Otra forma de vida...

Yo pensé en “Ojos de Ámbar”, y me dije que parecía perfectamente humana. Pensé en su voz, escuchada borrosamente durante la parte final del viaje, justo cuando iba a abrir mis ojos a la nueva realidad que nos rodeaba. También era la voz de una mujer como todas las que había conocido, aunque acaso más melodiosa y profunda, más cálida y sorprendente.

La Morada de los Dioses...

Miré a mi alrededor, pensativo. En aquel mundo de luminosidad y color, de rígidas formas y superficies lisas, como suelos bruñidos artificialmente, todo parecía posible. Incluso la existencia de los seres mitológicos. O lo que ellos llamaran “dioses”...

—Tengo la impresión de que hemos estado por un tiempo totalmente desintegrados —murmuré con gesto pensativo.

—¿Desintegrados? —refunfuñó Czek—. Es cierto que yo no sentí mi cuerpo, pero sería ridículo imaginar tal cosa. Un cuerpo desintegrado, no vuelve a materializarse...

—Hablamos de lo que nosotros sabemos. Pero piense, profesor, que hemos dado quizá un salto de miles de millones de años luz. Piense que en un instante, se ha cumplido el tránsito a un lugar situado más allá de todo lo conocido. Y que para salvar distancias semejantes, es preciso haber sufrido una proyección, un lanzamiento de nuestra materia a través de algún sistema especial, materializándonos después de habernos diluido, separando nuestras moléculas o átomos.

—Un traslado inmaterial —murmuró la doctora Crabbe, pensativa—. Sí, pudo suceder así. Algo nos desintegró, convirtiéndonos en simple energía que viajó hasta confines remotos en sólo unos instantes, recuperando después nuestra forma original. La idea del comandante me parece muy lógica y razonable, dentro

de lo inverosímil de cuanto nos está sucediendo. Comandante, ¿dónde cree usted que estamos realmente... y por qué hicimos este viaje?

Sonreí vagamente, encogiéndome de hombros.

—Sólo sé, doctora, que yo provoqué este viaje —dije.

—¡Usted! —aulló Eklund—. ¡Eso no es posible! ¡No poseía medios para hacerlo!

—Se equivoca. Lo poseía. Una simple flauta, un instrumento musical... Creo que emitía algún ultrasonido que, a su vez, originaba el proceso en que estuvimos inmersos.

—Está diciendo tonterías... —se quejó Czek, escéptico.

—Pueden pensar lo que quieran —suspiré—. Esa fue la verdad. Creo que el ultrasonido musical debía llegar lejos, muy lejos, ser escuchado por alguien... y ese “alguien” nos atrajo aquí. Sospecho que la música tiene mucho que ver en todo ello. Juraría que eran vibraciones musicales las que diluía mi cuerpo en la nada... y era esa misma música la que volvía a reunir mi materia en algo sólido y concreto, una vez terminó el traslado.

—La música no es materia —rechazó Czek, ceñudo.

—¿Quién sabe lo que puede ser aquí? —me encogí de hombros. Di unos pasos por aquel suelo plástico, terso, espejeante, donde se reflejaban nuestras figuras, Y también el cielo luminoso, lleno de gases fantásticos y brillantes, en caprichosas formas—. Estoy deseando saber algo más... ver a alguien, si es que en este mundo existe algo más que viva, como imagino.

—Existe, comandante Last. Existe. Yo soy la prueba.

Me volví. También mis aturridos compañeros.

Y le vimos. Por fin vimos ante nosotros al primer ser de aquellas latitudes remotas.

* * *

Si esperábamos hallar dioses titánicos, aquello fue una pequeña decepción.

Después de todo... era un hombre. Un hombre como cualquiera de nosotros. Incluso de menor estatura y más débil aspecto. Cuerpo delgado, enjuto, pequeño. Y cabeza grande, muy desarrollada y carente por completo de pelo, en su cráneo, en sus cejas o pestañas. Salvo eso y la notable palidez de su piel, era un ser como cualquier otro. Sus ropas tampoco resultaban demasiado extrañas. Sólo una

túnica larga, flotando en torno a su flaca figura. Su color era indefinible. Uno de aquellos fantásticos colores nunca vistos, que formaban el iris de aquel mundo.

—Es usted quien habló... —dije, sorprendido. Aunque, naturalmente, no podía ser nadie sino él, ya, que no veía a otro ser cercano.

—Sí, yo mismo —dijo con tono apacible, sin expresión particular alguna en su rostro ambiguo, frío y pálido, y sin embargo nada hostil—. Bienvenidos a mi mundo.

—Es muy amable —hablé secamente—. Incluso sabe mi nombre...

—Cierto, comandante Last. Sé su nombre.

—Y... y habla mi lengua —murmuré.

—Eso es —casi era una sonrisa lo que asomaba beatíficamente a sus ojos muy claros, casi incoloros y redondos.

—Pero... pero eso no es posible, si nos separan tales distancias. Mundos tan lejanos entre sí... no pueden hablar la misma lengua. Es imposible. Tampoco puede usted saber quién soy yo...

—Tiene razón —convino afablemente—. Eso iría contra todas las leyes de la más pura lógica, comandante.

Averiguar su nombre no costó mucho. Simple tarea de leer sus pensamientos.

—¿Mis pensamientos? —fruncí el ceño—. ¿Telépata?

—Todos somos telépatas aquí —afirmó con su pelada cabeza—. Y todos asimilamos en instantes los conocimientos que obtenemos de otras mentes como las tuyas. Así aprendemos cualquier lenguaje, cualquier medio de expresión, en sólo unos instantes. No es difícil para nosotros, comandante, se lo aseguro

—Y yo le, creo. Pero si no hablan nuestra lengua, y sin embargo la conocen a través de la lectura de nuestras mentes..., ¿no puede suceder que su aspecto físico también sea engañoso, y se trate de mutantes que aparecen con aspecto humano ante nosotros? —sugerí.

—Podría ser así, en efecto —negó luego con lentitud—. Pero no lo es. Están viéndome tal como soy. Como he sido siempre.

—Humano... Es perfectamente humano...

—Hay otros humanos en mundos diferentes de su Universo, comandante. Cuando un lugar tiene parecidas condiciones de vida,

es lógico que sus habitantes sean similares en su forma física y en sus características, ¿no cree? La propia Naturaleza lo hace así.

—Este lugar posee aire respirable —admití—. Y quizá otras cosas como nuestro mundo, pero..., pero no puede ser tan exacto a la Tierra. No pueden ser tan parecidos a los terrestres, estando a semejante distancia...

—El hecho cierto es que lo somos —sonrió el hombrecillo—. No debe sorprenderse por todo ello, comandante. Quizá esa semejanza física es la razón primordial de que usted esté ahora aquí.

—¿La razón primordial? Creí que era el hecho de haber intentado tocar un instrumento musical...

—Veo que ha comprendido los hechos, comandante. Su imaginación me sorprende. Sí, esa música que usted no podía oír, es la clave de todo. Ultrasonidos, como ustedes lo llaman, música de otra frecuencia sonora, imposible de captar en la Tierra. Este es un mundo hecho de muchas cosas incorpóreas, comandante. La más importante, la música. Por medio de ella, hemos llegado a la transformación de la materia en vibraciones puras de ultra música. De ese modo, a través de una expansión de sonidos hemos llegado a dominar la materia, haciendo de ella vibraciones que se materializan luego aquí, remoldeando lo físico, en el órgano gigantesco.

—El órgano... —miré los altos tubos metálicos, apuntando al cielo—. Cielos, era eso... Un órgano gigante. Esos son los tubos sonoros...

—Exacto. Su música sólo pueden captarla nuestros oídos. Ustedes percibieron música porque durante su viaje eran ustedes mismos esa música... Ahora, ya saben dónde están.

—No, no lo sabemos —negué—. Pero creí escuchar a alguien... que hablaba de una Morada de los Dioses...

—Exacto —afirmó el hombrecillo—. La Morada de los Dioses. Están en ella.

—¿Acaso... el Olimpo? —musitó la doctora Crabbe, perpleja.

—No, no —ahora sí que la voz del hombre de aquel mundo, tuvo un matiz burlón, divertido—. Los dioses mitológicos eran simple fantasía de su raza, doctora... Los sueños del hombre, convertidos en una Mitología fantástica, propia de su tiempo. No es eso. Nosotros somos auténticos dioses de otra Dimensión. En

nuestro Universo, hay seres mortales y hay dioses que gozan de la inmortalidad. No somos divinidades ni creadores. Quizá formamos parte de esa misma Creación que ustedes conocen y a la que pertenecen. Nosotros, sencillamente, somos superiores.

—¡Inmortales! —jadeó Zeena—. Eso no es posible...

—Aquí, muchas cosas son posibles —dijo afablemente nuestro misterioso interlocutor, volviéndose a ella—. Incluso volver de oro a los hombres ambiciosos, señorita... O a las mujeres, naturalmente. Y convertir en rubíes su sangre y en perlas su llanto...

Palideció Zeena intensamente, echándose atrás con terror. Repentinamente, había vislumbrado una nueva dimensión de las riquezas: la dantesca posibilidad de que ella misma regresara a la Tierra, convertida en... en una hermosa estatua de oro, con vida por dentro.

—Dios mío... —gimió—. Ustedes han sido... Ustedes saben...

—Los hombres-dioses lo saben casi todo —inclinó ceremonioso su cabeza nuestro raro anfitrión ultra galáctico—. Alquimia, magia, ciencia, mutación, piedra filosofal... y muchas cosas más con las que el ser humano jamás soñó. Pero le aconsejo, señorita, que no siga obsesionándose con el oro, las riquezas y todo eso. Aquí, no le servirían de nada. Y podrían ser causa de su perdición definitiva...

Era increíble. Aquel hombre parecía leer en los pensamientos de todos nosotros con pasmosa facilidad. Hubo algo de supersticioso temor en las ojeadas recelosas de Eklund, Czek y la propia Zeena al hombrecillo del cráneo pelado, mientras yo interpelaba a mi vez:

—En definitiva..., ¿quién es usted?

El me miró fijamente. Luego, pareciendo sonreír de alguna forma con su rostro inescrutable, me respondió:

—Soy el dios Melódico, amo y señor de la ultra música, creador del gran órgano gigante, dominador de la materia y de las vibraciones ultrasónicas... Nosotros, los hombres-dioses, no sólo somos los moradores de este mundo al que han llegado, sino que velamos porque muchos cercanos planetas habitados por humanos, como nosotros, pero condenados a una limitada existencia que culmina con la muerte, se rijan por normas de convivencia, paz y bienestar social y humano, basado en la cultura, el estudio y el mutuo respeto.

—Dioses protectores... —murmuré—. Es eso lo que son ustedes...

Hombres superiores, seres inmortales, destinados a velar por la Humanidad de la que el hombre de la Tierra no oyó hablar jamás...

—Sí, creo que ésa es la idea, adaptada a la mentalidad de ustedes. Ya le dije que no somos estrictamente divinidades, sino seres superiores que son considerados dioses por aquellos que sí son mortales.

Estaba llegando al punto que yo quería. Al que me intrigaba más poderosamente que ningún otro. Y para el que necesitaba cuanto antes una respuesta.

—Dios Melódico... —murmuré—. ¿Y ella? ¿También “ella” es una diosa?

—¿Ella? —me miró muy fijo. Supe que leía mi pensamiento, que veía en él, como en una perfecta imagen, el rostro de “Ojos de Ámbar”. Noté en él, sorprendentemente, cierta desorientación, casi un desasosiego que no encajaba demasiado bien con su condición de hombre superior, de ser inmortal o elegido. Tras un silencio, habló despacio—: ¿Es cierto que usted... ha venido por ella?

—Sí —afirmé—. Es cierto.

La doctora Crabbe y los demás escuchaban aquello con gesto de inmenso asombro. Me miraban como si me hubiese vuelto rematadamente loco, o hablase un idioma que ellos no eran capaces de comprender.

Pero Melódico sí me comprendía perfectamente. Notaba en sus glaucos ojos inteligencia y entendimiento. No advertí nada hostil, aunque dada su inexpresividad habitual, eso era sólo relativo.

—¿Por... amor? —me sugirió de repente.

—¿Amor? —iba a negar. Me encogí de hombros. Luego, pensé con más detenimiento en la cuestión. Al final, respondí despacio—: No sé... Pudiera ser amor, sí. Nunca me paré a pensarlo. Sólo sé que deseo encontrarla. Que vine en su busca. Y que deseo ayudarla, si ello es posible. Pero no me ha dado una respuesta.

—No, no se la he dado —negó despacio con la cabeza—. Pero quizá saber la verdad le decepcione. Ella... no es inmortal.

—Dios sea loado —murmuré—. Tanto mejor. Si alguna vez amo a alguien..., no deseo que me sobreviva por una eternidad. Se debe envejecer junto al ser amado. Y morir con él...

—Eso sigue pareciéndome amor. Pero se precipita. Aún no la conoce siquiera.

—No me importa —murmuré—. Recuerdo sus ojos, su voz... Es algo que no me es posible olvidar un solo momento. ¿Dónde puedo encontrarla? ¿Dónde está ella?

Melódico me contempló fijamente. Parecía dubitativo por alguna oculta razón que a mí se me escapaba.

—¿De verdad haría algo por ella? —indagó.

—Lo que fuese —afirmé.

—Sí, me parece leer eso en sus pensamientos. ¿Incluso... “morir”?

—Morir es un riesgo que existe siempre —afirmé—. No me asusta la muerte.

—Quizá eso facilite las cosas. Nosotros, los inmortales, nada podemos hacer por ella.

—En ese caso, yo, pobre terrestre, un ser débil y sin armas en este mundo de prodigios, ¿qué podría hacer por ella, si realmente le acecha un peligro? —pedí, angustiado.

—No lo sé. Pero ella ha establecido contacto con usted. Es una relación intergaláctica, quizá la primera entre dos seres separados entre sí por la eternidad del infinito. Ella tiene fe en usted. Y usted desea hacer algo por ella, comandante. Sólo un mortal puede desafiar a los dioses y enfrentarse a ellos para morir. Pero dicen también que sólo un mortal sería capaz de vencer a los superiores.

—Temo no entenderlo bien. ¿A qué se refiere? Yo no deseo enfrentarme a nadie.

—Tendrá que hacerlo. Enfrentarse a muchos peligros. A muchos poderes que jamás imaginó, comandante Last. Ha llegado a este mundo, pero ello no significa, ni mucho menos, que haya llegado hasta ella. Xyra está aún lejos de usted.

—Xyra... Es el nombre de “Ojos de Ámbar”. Xyra... ¿Dónde puedo encontrarla?

—Donde moran los dioses del Mal. Los Superiores que entregaron su espíritu a los poderes de las Tinieblas. También aquí existe el Mal, porque existe también el Bien, y no puede existir ninguno de ellos sin la presencia del otro.

—Los dioses del Mal... ¿Quiénes son ellos?

—Muchos y muy poderosos. Nos está vedado a otros Superiores enfrentarnos a ellos. Pero un mortal puede intentarlo, ya se lo dije, comandante. Si el azar ha querido que el instrumento musical

llegara a su poder, viajando a través del Espacio y del Tiempo, para establecer entre ambos esa relación cósmica, es porque el propio destino ha fijado así los acontecimientos. Quizá alguno de nosotros, sin pensarlo, puso su voluntad en ello. Y un hombre de otras galaxias, un hombre que no teme a los dioses de la Ultragalaxia, ha llegado para intentar libertar a Xyra.

—¿Libertarla? ¿Está cautiva, acaso?

—Lo está. Y le espera una suerte peor que la misma muerte...

—¿De quién está prisionera?

—Ya se lo dije: Los dioses del Mal. Uno, en particular.

—¿Cuál?

—El peor de todos nosotros. El más temible. Amo y señor de las Tinieblas y de sus fuerzas maléficas... La diosa Araña.

—¿Una... diosa? ¿Una... mujer? —balbucí, yendo de sorpresa en sorpresa.

Se encogió de hombros, enigmáticamente. Sus palabras me inquietaron:

—No sabría qué responder a eso. Pero es una Superior inmortal. Su poder es inmenso. Si llega a verse frente a ella, en su Castillo Tenebroso, allá en las Cumbres Negras del País de las Calaveras... sabrá lo que es, realmente, la diosa Araña. Si es que vive para ello, comandante Last...

* * *

La melodía se materializaba en colores, allá en la pantalla gigante. Una sinfonía de sonidos y de luces, formaban el concierto más singular y fantástico que jamás presenciara.

La larga mesa, repleta de alimentos, ya no nos sorprendía. El banquete había terminado. El dios Melódico había sido generoso con nosotros. Aunque servir manjares que surgían como por encantamiento, al pulsar él los diversos teclados de su mágico y gigantesco órgano de ultra música, no parecía demasiado trabajoso para él, no dejaba de ser un detalle de generosidad.

—Jamás antes de ahora imaginé que comería alimentos materializados de simples notas musicales —comentó el profesor Czek, todavía impresionado—. ¿Cómo puede hacerlo?

—El conocimiento de los secretos de la vida y la materia, es algo compuesto de ciencia, magia y alquimia —informó nuestro anfitrión, dejando de pulsar aquel teclado fantástico—. En todo ello

tiene la respuesta. Pero tardaría siglos en hallarla, profesor. Como nos sucedió a nosotros. Piense que somos inmortales. Y llevamos una eternidad dedicada a saber, a llegar más lejos, a ahondar en lo ignorado...

Yo contemplaba todo aquello, en sus bandejas y fuentes de oro purísimo, y me preguntaba interiormente si el desdichado Van Scraff estaría hecho también de un oro surgido de simples notas musicales hechas materia.

El dios Melódico, como siempre, captó mis pensamientos. Se volvió vivazmente hacia mí:

—No fue obra mía. Su hermano de raza llegó hasta aquí, y cometió el error de que la ambición le dominara. Quiso obtener riquezas. Y los secretos mismos de la obtención de esas riquezas mediante el uso de recursos que estaban fuera de su alcance. Nadie le dañó aquí. Se hizo daño a sí mismo. Su codicia y sus errores le transformaron en lo que es.

—¿Y nadie puede devolverle su propia naturaleza anterior? —imploré.

—Está lejos de nosotros —se encogió de hombros Melódico—. Quiso huir con sus riquezas, y se puso fuera del alcance de nuestro poder. Regresó a su mundo, sin saber utilizar la descomposición y proyección de la materia. El error destruyó en parte su nave, bombardeada por fuerzas cósmicas irrefrenables, allá en el Túnel de las Estrellas. Nadie pudo hacer ya nada por él. Luego, la mutación de su piel en oro y de su sangre en piedras preciosas, se produjo inexorablemente, al fallarle la conversión en materia. Todo lo que llevaba consigo de valor, se quedó fusionado con él... y su epidermis toda se hizo de oro.

—Pero sigue viviendo dentro, como sumido en una horrible cárcel de oro puro —me quejé—. Es un terrible castigo para un hombre que sólo se dejó ganar por la codicia.

—No es nuestra culpa, comandante. Aun así, le hubiera ayudado. Pero está lejos. Muy lejos de mí... Mi poder no llega a la Tierra ni a sus proximidades. Pertenecemos a otra dimensión espacial, usted lo sabe.

—Sí —suspiré—. Yo lo sé... Ahora, quisiera que también lo supieran esas tres personas. Todas ellas emprendieron este viaje por lucro. El castigo horrible de Van Scraff, debería ser su mejor

escarmiento, ¿no es cierto, profesor Czek?

El, lo mismo que Eklund y Zeena, eludieron mi mirada, ensombrecidos y temerosos ante la magnitud de las consecuencias que podían producir un simple error de cualquiera de ellos.

Ahora, todos conocíamos el gran secreto de la piedra filosofal de los hombres-dioses. Comprendíamos que manejando unas notas musicales, simplemente, esas vibraciones melódicas podían materializarse en cualquier materia que se quisiera, desde oro hasta agua, vinos o alimentos. El secreto pertenecía a los hombres-dioses. Ellos controlaban esa fuente de poder. Y sólo a ellos les estaba permitido su manejo, para evitar trágicos errores como el que cometiera un hombre llamado Hans van Scraff...

Toqué con mis dedos aquella vajilla de oro, aquellos alimentos que probara poco antes. Empezaba a no maravillarme ya por nada. Pensaba, simplemente. Y pensaba en los dioses del Mal. En el Castillo Tenebroso, en las Cumbres Negras de las Calaveras...

Si Melódico era un dios bueno y poseía tal poder..., ¿qué clase de medios terribles poseerían los Superiores como la diosa Araña, para mantener alejados de sus dominios a los que intentaban llegar hasta ella? ¿Qué negras y terribles artes protegerían el cautiverio de Xyra, la mujer de los ojos de ámbar, allá en aquel mundo de horrores?

Melódico parecía seguir el hilo de mis pensamientos con su formidable poder telepático. De pronto, noté su mano apoyada en mi hombro. Y su voz melosa me dijo apaciblemente, en la calma de aquel comedor suntuoso donde nos ofreciera su comida de bienvenida a los cinco:

—Comandante, no piense más en ello. No se torture. Si ha de ir, irá de todos modos. Si ha de vencer, vencerá, Y si ha de morir, la muerte le llegará, no lo dude. Es cierto que se va a enfrentar a poderes demoníacos, a fuerzas imprevisibles para usted. Pero ha hecho su elección, y le deseo lo mejor. Yo no puedo luchar contra otro de nosotros. Pero no va a faltarle mi ayuda, incluso cuando se sienta más solo y abandonado...

Miré a Melódico. Y aunque aquel hombrecillo calvo era para mí un perfecto desconocido, en un mundo más desconocido todavía, tuve fe en él. Quise creer en su velada promesa.

Y eso me hizo exclamar, quizá en un exceso de fe y de energía

por mi parte, que no dejaba de resultar suicida:

—Es suficiente con eso. Iré a rescatar a Xyra. Lo haré, por encima de todo... Y algo me dice que lo voy a conseguir...

Segunda Época

MUNDO TENEBROSO

Capítulo I

LOS YERMOS

—Sigo pensando que es una locura, comandante.

—Lo sé, doctora Crabbe. Pero está decidido.

—Me he dado cuenta de que es una decisión inquebrantable. Lo que no comprendo es por qué arrostrará todos esos peligros, esos riesgos infinitos, posiblemente incluso la muerte, a manos de seres infinitamente más poderosos que usted... por una mujer a quien jamás vio.

—La pude ver un momento, medio materializada en el vacío. Fue cuando tuvimos aquel contacto intergaláctico que a nadie había revelado —suspiré—. Le parecerá demencial, doctora, pero creo... creo que me enamoré en ese preciso momento de la mujer de ojos de ámbar, aun sin saber quién era ni dónde estaba...

—Eso lo comprendo. Soy doctora y sé conocer a las personas, indago en su psicología... Usted, comandante, vive obsesionado con el recuerdo de esos ojos, de esa voz, de esa mujer en sí. No sé si cuando se conozcan, si es que eso llega, el sentimiento continuará en usted, se acrecentará... o disminuirá hasta desaparecer. Ni quiero saberlo. Es hermoso luchar por una mujer a quien se ama. Lo terrible, es hacerlo sin medios apenas, en total desventaja ante unos seres superiores, capaces de fulminar en un momento a cualquier mortal.

—Sé a lo que me expongo, doctora. Pero tuvo que existir una razón, no sé cuál, para que ese contacto se estableciera, pese a la distancia. Deseo encontrar a Xyra. Y saber si es ella misma la respuesta. Si estamos destinados el uno para el otro, a pesar de la abismal distancia que en el Espacio-Tiempo nos separa... Voy en busca de una respuesta, de una razón de vivir, doctora Crabbe. De veras lamento dejarla aquí, sola, con esos tres rufianes. No se fíe de ellos. Confío en que Melódico la protegerá hasta mi regreso. Ellos

no se atreverán con un Superior, ni siquiera por codicia.

—Espero que sea así. ¿Va a partir ya?

—Sí, doctora. ¿Desea algo de mí?

—No. Sólo pido suerte. Va a necesitarla. Que los dioses o los hombres-dioses de esta galaxia le ayuden. Y, sobre todo, nuestro propio y único Dios, el que creó todo esto que ahora conocemos... esté en la dimensión que esté. Que Él no le abandone, comandante Last.

—Así sea —suspiré—. Melódico va a trasladarme a Los Yermos, mediante su proyector de vibraciones sónicas...

—¿Los Yermos? ¿Qué es eso?

—Un lugar inhóspito. El principio de una región demoníaca, situada en las regiones oscuras de ese mundo, allí donde los soles y las masas de gas incandescente no alumbran días ni noches. Donde todo es tiniebla, donde impera el Mal y reina la muerte...

—Dios mío —se estremeció ella, muy pálida—. Tenga cuidado. No vaya allá. Ese lugar ha de ser como un cementerio donde los seres caen sin remedio... Lo presiento. Lo sé. Sólo encontrará horrores allí adonde va...

—No me volveré atrás, doctora —negué, con un suspiro—. Es mi decisión firme, absoluta. Estoy decidido a llegar hasta el fin..., sea éste cual sea.

—Sea éste cual sea... —me miró, patética—. Incluso..., incluso su propia muerte podría ser, comandante...

—Podría serlo, sí —admití.

—Y entonces, no sólo habría terminado todo para usted, en este mundo, en este ámbito que le es extraño, donde las cosas no son como en nuestro mundo, sino que... sino que yo misma quedaría a merced de las circunstancias, sin su apoyo y protección. Sola con esos tres criminales... y con un hombre-dios a quien no conozco, que quizá nunca me pueda devolver a mi mundo...

—Él lo haría, estoy seguro. De cualquier modo, doctora, poco es lo que yo puedo hacer por ustedes y por el Galactus, aquí en este lugar. Piense que soy un extraño en este mundo, que no está en mi mano iniciar el regreso a ninguna parte, puesto que incluso ignoro dónde ha situado Melódico las vibraciones en que convirtió la materia de nuestra nave, a la espera de materializarla de nuevo en su momento. Es cosa de él lo relativo al regreso, y en él debe

confiar ahora. Adiós, doctora Crabbe.

—Rezaré por usted —musitó ella, impulsiva. Se inclinó y me besó inesperadamente en los labios—. Adiós, comandante. Que esos mismos dioses en cuya morada nos hallamos, velen por su vida... y le den el triunfo final.

—Hasta siempre... o hasta nunca, doctora —fue mi despedida.

No me volví a verla, pero temía que sus ojos azules desprendieran lágrimas. Seguí adelante, hacia donde Melódico me esperaba, ante su gigantesco órgano prodigioso, a la espera de transformarme de nuevo en vibraciones ultrasónicas, para enviarme a Los Yermos.

Al primer paso en mi camino hacia el Castillo Tenebroso de la diosa Araña...

Y, por tanto, hacia Xyra, mi soñada mujer de los ojos de ámbar.

* * *

Los Yermos.

Era aquel lugar. Aquel espantoso e increíble lugar en que me había materializado súbitamente.

Mi transporte había terminado. Ya estaba en el lugar elegido. Donde se iniciaba la terrible aventura contra las fuerzas del Mal.

Su nombre era ajustado a la realidad. Los Yermos...

Jamás una tierra pudo mostrarse más desolada, más oscura e inhóspita. Era como una inmensa planicie sin vegetación. Sólo había una especie de dunas oscuras en la distancia, ondulantes sobre el terreno negro, desértico. Pisé despacio por su superficie arenosa. Me incliné, al sentir chirriar agriamente aquella arena bajo mi calzado esponjoso. Rocé con mis dedos sus negros granos ásperos. Me estremecí.

Era "metal".

Metal todo. Arena de metal negro. Como sería metal aquellos montículos pedregosos. No se trataba de tierra o piedras, sino de puro y frío metal oscuro. Un mundo metálico, glacial y horrible, como inicio de un peregrinaje dantesco hacia lo desconocido.

¿Qué clase de peligros podían acecharme en aquel yermo inhóspito, duro y áspero? ¿Qué criaturas vivientes podrían medrar en un terreno metálico? Lógicamente, ninguna. Y, sin embargo, Melódico había sido elocuente sobre cierto punto de mi viaje:

—Cuidado con Los Yermos. Allí aunque no parezca posible la

existencia de cosa o de ser alguno, puede encontrar un terrible enemigo insospechado, comandante. Pero nada puedo revelarle. Es privativo de cada hombre-dios, de cada Superior, respetar celosamente los secretos de los demás. Sólo puedo anticiparle que un horror viviente le acechará en Los Yermos...

Un horror viviente... ¿Cuál? ¿Qué criatura viviría y se alimentaría en un territorio de metal?

Iba preguntándome eso mientras me adentraba en Los Yermos, guiado por mi brújula de muñeca, que me orientaba en la dirección concreta. La aguja imantada se movía hacia mi destino. Yo sabía que una gran fuerza magnética provenía de los dominios de la diosa Araña. Y por ello utilizaba la brújula terrestre. Melódico me había instruido en ese sentido.

Mis armas eran escasas, por no decir nulas. Melódico había materializado una de las pistolas de cargas térmicas de los captores del Galactus, pero me temía que no iba a servir de gran cosa ante la ciencia y los poderes de los dioses del Mal. Por otro lado, el propio Melódico me había provisto de una especie de silbato negro, colgado de mi cuello, del que sólo sabía que era otra especie de instrumento musical de ultrasonidos. Tenía instrucciones de no utilizarlo jamás, salvo en caso extremo, de vida o muerte. Y ni siquiera sabía qué podía suceder al soplar en él...

Pero lo cierto es que todo eso constituía mi escaso bagaje, mi arsenal ridículo para un enfrentamiento con los poderes de la sombra. En cuanto a equipo, todo consistía en unos alimentos concentrados y unos hidratos en mis bolsillos, para combatir la sed.

La región de Los Yermos era un ambiente obsesivo, de pesadilla. La oscuridad del cielo, torvo y nuboso, junto a la negrura del polvo de metal que formaba aquel suelo desolado, llegaba a convertirse en una especie de constante enloquecedora. Alrededor mío, todo era silencio, ausencia de luz, vacío y soledad.

Llegué ante las dunas. Eran suaves ondulaciones de polvo negro, como carbón triturado, salpicadas de montones de piedras brillantes, negras y rígidas, hechas de puro metal. Una la alcé en mi mano, y observé que su peso era considerable y tenía las aristas afiladas.

La dejé caer. Respiré con fuerza y seguí adelante, dispuesto a llegar lo más lejos posible en mi marcha. Ya no pensaba en peligro

alguno. Sólo quería alcanzar el lugar donde Xyra era prisionera de la diosa Araña.

De súbito, tuve la impresión desagradable e inquietante de que me espiaban, de que era vigilado. A mi espalda, “algo” o “alguien” tenía su atención fija en mí...

Me sacudió un escalofrío. Noté que se erizaban los cabellos de mi nuca. La presencia de ese “alguien” era ya casi una sensación física, intensa y estremecedora. Angustiado, pero con energía súbita, giré la cabeza.

Me encontré frente a frente con... con la “cosa”.

Creo que jamás hasta entonces había sentido un horror más grande. Alucinado, contemplé a aquella espantosa forma viviente que venía hacia mí con silenciosa malignidad, como una pesadilla hecha realidad.

Y estuve seguro de que no había medio humano de luchar contra la criatura de Los Yermos. Estuve seguro de que aquélla era la muerte. La muerte cierta e irremisible, a merced de la “cosa” más atroz que jamás viera en mi vida...

* * *

Era un monstruo negro como los propios páramos que constituían su reino.

Negro... y “metálico”.

Una especie de gigantesco vampiro, de enorme ave de anchas alas, rígida y dura como una nave, pero dotada de vida propia. Aquella carne metálica “palpitaba” ostensiblemente. Y en su ancha cabeza acerada, negra y brillante, palpitaba una monstruosa, jadeante boca que emitía un gas fétido. Unos ojos como bolas de plomo se movían en sus órbitas chirriantes.

La criatura de metal era un monstruo lento, pero implacable de movimientos, una bestia negra y dantesca, dotada de vida propia por algún prodigio de la naturaleza anormal e insólita de aquellos mundos.

Sé me venía encima, con unos movimientos mitad reptantes, mitad saltos, con sus enormes alas desplegadas, como membranas flexibles de metal negro. De su cuerpo brotaba un jadeo apagado, que iba creciendo por momentos, como un ronroneo diabólico de complacencia ante lo que iba a ser su fácil presa, quizá un alimento desusado para su organismo metálico.

Sus raras esferas visuales, aquellas dos especies de bolas de plomo, se iluminaban con un fulgor como de rescoldos encendidos. Creí intuir en ello la malignidad propia de una mente que se excita ante la proximidad de un festín o del placer de destruir lo que le resulta odioso.

De cualquier modo que fuese, aquel horror iba a devorarme, estaba seguro de ello, triturándome con sus mandíbulas de acero, para engullirme camino de algún vientre de metal, donde mi cuerpo sería machacado y absorbido, camino de sólo Dios sabía qué destino final en la naturaleza alucinante de aquel ser.

No tenía otra cosa que mi arma de cargas térmicas. Algo así como un juguete en manos de un niño, ante la presencia de un gigante devastador. Recordé de modo instintivo a los bíblicos David y Goliat, y me dije que ni siquiera entonces debió ser tan tremenda la diferencia, la desventaja de uno sobre el otro...

Aun así, apreté el gatillo una, dos, tres veces, con auténtica rabia.

Como temía, cada carga, al estallar sobre el caparazón metálico y palpitante de la “cosa” de negro acero, se limitaba a poner incandescente aquel punto durante unos momentos, o a provocar el gotear de un líquido espeso, encendido, que se oscurecía por momentos al tocar el suelo, hasta convertirse en un simple charco de negro metal. Pero todo ello, no pareció afectar al monstruo. La idea de que cualquier clase de herida no fuese efectiva, dada su naturaleza metálica, erizó mis cabellos de horror.

Estaba ya muy cerca, percibía el chirrido agrio de sus fauces de metal, y el horror me invadía por momentos. Entonces tuve la idea suprema de disparar un par de cargas térmicas más..., pero dirigidas a las bolas de plomo que constituían sus ojos.

Esta vez sí sucedió algo.

Fue un doble chispazo centelleante, cegador. Y el monstruo se detuvo con una especie de increíble, horripilante bramido de metálica sonoridad. Saltaron las dos esferas grises, despidiendo chispas. Por la boca de metal brotó una llamarada, como si aquel ser fuese un mítico dragón despidiendo fuego por sus fauces.

Luego, bruscamente, se desplomó en el suelo, aleteando desesperadamente con sus membranas aceradas. La férrea masa negra, se quedó inmóvil, con un chirrido como estertor único de su

vida agotándose...

* * *

Había terminado con aquella especie de criatura maligna, hecha de metal o de una materia viviente muy parecida al metal.

Pero esto no significaba mucho. Era sólo el principio. El principio de un horror para el que no me sentía muy preparado, realmente, pese a toda la ayuda de Melódico para emprender aquella expedición demencial a lo Desconocido, a los límites donde incluso los hombres-dioses se sentían incapaces de llegar...

¿Qué nuevos horrores podían aguardarme allá, en las negras sombras de las Cumbres siniestras de la diosa Araña? ¿Cómo llegar hasta los angustiados y patéticos ojos de ámbar que pedían desesperadamente auxilio a un ser separado de todos aquellos confines por auténticos millones y millones de años luz?

Fuese lo que fuese, ya no me era posible retroceder. Debía seguir adelante. Siempre adelante, hacia...

¿Hacia dónde, Dios mío?

Lo cierto es que seguí caminando. Me moví, despacio, por la negra llanura metálica, tras la muerte del ser abominable de entrañas llameantes. Y, de súbito, ocurrió aquello.

Ocurrió, y aún tiemblo al recordarlo. Aún siento escalofríos cuando pienso en la nueva clase de espantoso enemigo con que iba a encontrarme...

Porque bajo mi cuerpo, todo el suelo comenzó a temblar, a vibrar igual que en un seísmo. El temblor de aquella materia negruzca y metaloide, se hizo vibración espasmódica, convulsa. Me arrojó por los aires, para rodar sobre la arena negra. Sentí su frío metálico, casi cortante, contra mi piel. Intenté varias veces ponerme en pie, pero fue inútil.

La tierra siempre seguía moviéndose, y el terremoto me arrojaba una y otra vez al suelo hasta que empecé a sentirme mareado y las cosas daban vueltas vertiginosas en torno mío. De las entrañas de aquel confín metálico y negro, llegó algo, como un resoplido gigantesco, como si bajo la superficie de aquel terreno, un ígneo centro, un volcán a punto de entrar en erupción, estuviese ya bullendo...

Rodé, con expresión aterrorizada, y vi en torno mío cómo se ondulaba, se movía y palpitaba todo el terreno negro sobre el que

me hallaba.

PALPITABA.

Sí. Eran más palpitaciones que temblores. Era como cuando algo vivo se agita, como si uno se hallara, de pronto, sobre el cuerpo de una ballena sumergida, a la que se confundió con un islote, y el presunto islote comienza a moverse...

Era igual que si estuviera moviéndome sobre algo enorme y “vivo”. Aquel suelo palpitaba, temblaba, como en espasmos de una criatura viviente...

Llevado de una idea demencial, apunté a tierra. Disparé una carga explosiva de gran potencia, contra un punto algo alejado de mi emplazamiento, y el proyectil se hundió en el terreno negro, con un estruendo formidable y un surtidor de llamas y de polvo negro.

Sucedió algo espantoso.

Un mugido enorme, bestial, ensordecedor, brotó de debajo de mi cuerpo, y las sacudidas del terreno negro se hicieron ya caóticas. Todo aquello, al temblar, emitía ruidos incoherentes, alucinantes, ruidos que nunca se podrían parecer más a... a “gemidos”, a doloridos sollozos emitidos por un titán...

Me incorporé, mientras el suelo, paulatinamente, regresaba a su quietud, dejando de temblar. Del boquete abierto por mi bala, comenzaba a brotar algo espeso, rojo, viscoso y oscuro, como un manantial de extraño líquido. Y el suelo se inmovilizaba...

Una herida. Y... y SANGRE. Y quietud en el animal herido...

Se erizaban mis cabellos. Todo era demasiado claro, demasiado significativo para poderlo ignorar. Todo coincidía con siniestra precisión. Estaba sobre ALGO vivo, gigantesco, realmente inmenso...

Sobre un suelo formado de materia metálica, tan viva como aquel monstruo que me atacara y que, quizá, no era sino una cría de aquella “cosa” ingente sobre la que me hallaba, lo mismo que el hipotético marino erguido sobre la ballena gigante...

Un cósmico monstruo apocalíptico, que ningún ser humano podía imaginar. Todo un suelo, quizá todo un mundo... era materia viva, palpitante, capaz de vivir y de morir...

Corrí con desesperación, horrorizado, como pretendiendo en vano escapar a aquel paraje negro, del que brotaba algo parecido a la sangre...

Algo que, al cuajarse en el exterior, ante mis propios ojos, se convertía de repente en un inmenso centelleo carmesí, en un lago completo hecho de gigantescos y bellísimos rubíes. La sangre, como en el caso del infortunado Van Scraff... se tornaba piedras preciosas, en un prodigio inexplicable, en una metamorfosis sin sentido ni razón.

Ni aun la visión de tan radiante riqueza pudo detenerme. Corría y corría... hasta que, de súbito, hallé un borde, luego un vacío, mucho más negro e insondable que toda la tierra recorrida hasta entonces en Los Yermos... y me precipité hacia él, quizá en busca de la muerte...

* * *

No. Aquello no era tampoco la muerte.

Continuaba con vida, envuelto en tinieblas... Unas tinieblas donde se percibían, de vez en cuando, extrañas y lejanas risotadas, ruidos como de carcajadas repetidas en un eco constante, de roca en roca. Igual que si a mi alrededor miles de seres dieran suelta a su diabólica hilaridad sin sentido.

—Cielos, ¿dónde estoy ahora? —musité en voz alta, hablando conmigo mismo—. ¿Qué maldito lugar de pesadilla puede ser éste en que me hallo?

Nadie iba a responderme, ni yo lo esperaba. Sólo el eco, aquel lúgubre e interminable eco, repitiendo miles de veces mis palabras, en burlones rebotes sobre muros invisibles para mí.

Caminé en aquella oscuridad llena de risas fantasmales, sin perder el control de mis nervios, esperando al fin hallar algo coherente en mi camino. Pero sin demasiadas esperanzas de que ello resultara realmente agradable.

De repente, llegó la luz. Y llegaron esas formas tangibles que yo confiaba en descubrir en algún momento.

La luz era amarilla, como un resplandor dorado, llegando de alguna parte oculta... Y a su claridad, descubrí algo que heló la sangre en mis venas...

Las arañas.

Las horribles arañas humanas, viniendo hacia mí, envolviéndome en un cerco delirante y terrible, peor que la más dantesca pesadilla que uno pueda sufrir...

Capítulo II

DIOSA Y ARAÑA

Las arañas...

Formas repugnantes, redondas, peludas, de largas patas rematadas en garras doradas... Y como cabeza de aquellos arácnidos enormes, que se movían en legiones, desde lo alto de una negra cumbre de extraña forma, óvalos con rostros perfectamente “humanos”, aunque monstruosamente feos...

Miré allá arriba, más allá de la inmensa tela de araña dorada que pendía de las cimas tenebrosas, y por cuyos cables viscosos descendían hacia mí las nutridas huestes de voraces animales.

Quizá yo era la mosca humana, su alimento más inmediato... El origen de aquellos arácnidos terribles y estremecedores, era el castillo.

El castillo...

Me causó verdadero pavor. Tenía forma de calavera. Era una perfecta calavera, un cráneo tétrico, modelado en negra piedra, sobre la cima de un picacho tan negro como la fortaleza que sostenía. Imaginé cuál era el lugar, y me estremecí...

El Castillo Tenebroso, de las Cumbres Negras de las Calaveras... La morada de la diosa Araña... El poder de las tinieblas en aquel mundo de míticos dioses y de monstruos alucinantes.

Y yo, en medio de todo aquello, como insignificante criatura humana, sin poderes de ningún género que yo supiera, salvo aquella arma de proyectiles explosivos, y aquella misteriosa flauta del ultrasonido, llegada desde el mundo de los dioses.

Hubiera necesitado cientos de armas explosivas para enfrentarme a la legión de arañas gigantescas, humanoides de rostro, que exhibían en sus bocas lívidas una fétida dentadura babeante, de color amarillento. Sus movimientos de succión revelaban voraz apetito, avidez hacia mi persona...

Tenían unos extraños ojos purpúreos, abultados y horripilantes. Estaban fijos en mí, con una malignidad que producía escalofríos. Las contemplé, notando que la telaraña era de tan vastas proporciones, que me cerraba toda posible salida, condenándome a ser rodeado y devorado por los monstruos de aquella Dimensión.

Disparé dos cargas explosivas contra la red dorada. La telaraña se desgajó. Cuatro o cinco cuerpos velludos, abultados, se desprendieron, perdiéndose en un abismo sombrío, con extraños sonidos brotando de sus bocas repulsivas.

Era como si gritaran unos recién nacidos. Como chillidos y llanto de niños...

Sentí náuseas, pero permanecí en pie, dispuesto a todo. Grité a las fieras que se movían en dirección a mí, inexorablemente:

—¡No me asustáis, malditas todas! ¡No podéis causarme miedo, bestezuelas sucias e inmundas! ¡Si he logrado llegar hasta aquí y desafiáros, es porque mi destino está por encima de todas vosotras! ¡Porque yo soy el más fuerte, y he sido requerido por una hermosa mujer de ojos de ámbar, que necesita de mí...! ¡Yo rescataré a Xyra de ese maldito antro de tortura, y si es preciso, destruiré con mis solas fuerzas a vuestra nefasta diosa del Mal!

Estaba fanfarroneando, y lo sabía. Yo no era capaz de hacer nada de eso, por supuesto. Pero si había de morir, no quería que me viesen amedrentado. Y por eso les planté cara con un heroísmo que, en el fondo, no dejaba de antojárseme totalmente ridículo.

Sucedió algo extraño entonces. Algo que me dejó petrificado por el asombro.

Las arañas se detuvieron en su marcha. Sus rostros monstruosos me contemplaron con algo que parecía sorpresa. Sus feos ojos púrpura bailotearon, fijos en mí. Luego, como de mutuo acuerdo, comenzaron a retroceder por su pegajosa y gigantesca tela. De regreso a su madriguera. Hacia el castillo, allá en la altura.

Yo, decidido, más resuelto que nunca, me aferré a una de las membranosas cuerdas que formaban la telaraña. Cada hilo de ésta tenía el grosor de mi muñeca. Me aupé hasta las cuerdas doradas, y noté su pegajosidad repulsiva. Pero era un camino. Un camino terrible hacia alturas inmensas, sobre abismos profundos y negruras insondables.

Subí, subí, seguí subiendo, sin mirar abajo para no ser vencido

por el vértigo de tan impresionantes altitudes.

Y así llegué, sin ser molestado, sin que ya viese a arácnido alguno, al centro mismo de aquella red horrible: al castillo de la calavera.

A la morada de la diosa Araña.

Me quedé parado, ante las fauces de piedra negra, que constituían la boca del cráneo humano allí reproducido. Dentro, luces bailoteantes, cárdenas, colgaban de negros muros basálticos, formando un interminable corredor, una senda hacia alguna parte, en un remoto interior que causaba escalofríos.

Mi decisión me asustaba a mí mismo. Mi valor era inconcebible.

Avancé, resuelto. Me adentré en los dominios de la oscuridad, de la noche, del Mal y del poder nefasto...

Hacia la diosa Araña. Hacia unos ojos de ámbar de mujer asustada, necesitada de auxilio, en un mundo de dioses y de monstruos, de titanes y de prodigios.

Me pregunté qué podía hacer yo allí, entre tanto superhombre y tanto ser mítico. Pero, evidentemente, había algo en mí que me impulsaba a seguir, a enfrentarme con mi destino final, fuese éste cual fuese.

Y avancé. Avancé siempre. Hasta que supe que había llegado al final de mi camino.

El final...

El final. Era aquél.

Me quedé rígido, demudado. Esperando lo peor. Pero, sin saber la causa, confiando todavía interiormente en mí mismo y en el extraño poder que yo mismo desconocía y que estaba seguro se hallaba en mi persona.

Allí estaba ella. Ella. La terrible criatura que había venido a ver, incluso a desafiar. Ella...

La diosa Araña.

Me esperaba en su trono de basalto negro. Sentada en él, con expresión maligna en su hermosísimo rostro, pálido y sedoso... Una especie de casquete envolvía su cabeza y ocultaba sus ojos tras una especie de gafas negras, centelleantes y redondas, adheridas a sus pupilas.

El cuerpo también era hermoso. Lo hubiera sido más, de no ser por... los seis brazos que partían de su cuerpo, haciéndola

asemejarse tan monstruosamente a una auténtica araña de humana apariencia.

—Adelante, desconocido —me invitó con una voz que retumbó por toda la vasta sala circular en que me hallaba, rodeado totalmente por montículos de calaveras blancas, lustrosas, resto acaso de un inmenso festín... en el que ella, quizá, había sido la degustadora del terrible manjar—. Sé bien venido al reino de las sombras, donde reina la diosa Araña... ¿Qué osadía temeraria te trajo hasta mí?

—Tú lo sabes. Si eres una auténtica diosa, tienes que saberlo... —contemplé, absorto, su cuerpo hermoso, turgente, de curvas voluptuosas, que hubieran resultado incluso deseables... de no ser por aquellos brazos, por aquella faz pálida, por aquella boca voraz, que consideraba capaz de abrirse en cualquier momento para engullirme...

—Sí, creo saberlo —soltó una carcajada.

Y ahora supe qué clase de risas escuché antes, en mi camino al Castillo Tenebroso.

Era ella. Reía, y los muros devolvían mil ecos de la risa diabólica. Reía, y todo parecía reír con ella, como si también el castillo estuviera vivo...

—Entonces, huelga hablar más —dije acremente—. He venido a por ella. Y me la llevaré.

—¿Llévartela? ¿Adónde, soñador sin sentido?

—A mi mundo. O a otro seguro para ella.

—Seguro..., ¿para quién?

—Para Xyra, tu cautiva. Para ella, que no merece estar prisionera en tu maldito reino de oscuridad y de muerte... Ella me pidió ayuda a través de las galaxias y de los vacíos estelares. Y yo he venido aquí a prestársela. Yo libertaré a Xyra, o de otro modo no estaría ahora aquí, frente a ti...

La diosa Araña me contemplaba a través de sus negras gafas sinistras. Volvió a reír, y los ecos me ensordecieron. Ella se irguió de pronto. Sus brazos culebreaban, produciendo un aspecto terrible. Hubiera querido ver la auténtica expresión de sus ojos, a través de aquellas gafas misteriosas y negras, pero me era imposible.

—Loco —murmuró—. Eres un gran loco. Viniste hasta aquí, y con ello has demostrado no sólo tu valor, sino la capacidad de tu

voluntad, la fuerza envidiable de tu mente... Eres un hombre, pero superior en muchas cosas a nuestros dioses de este Sistema... Ahora que ya estás aquí, creo que es momento de que sepas la verdad, hombre de la Tierra...

—¿La verdad? —la miré, desconfiado—. ¿Qué verdad? No creo en ti, no me fío de ti. Quiero a Xyra. Eso es todo lo que vine a buscar. Y no me iré sin ella...

—No, no te irás sin ella..., porque NUNCA te irás ya de aquí —dijo ella, burlona—. Mírame bien. Mírame... y trata de entender...

Se despojó de su casco súbitamente. Perdió las negras gafas que la enmascaraban. Grité de horror.

No sólo porque su cabello estuviera hecho de matas de algo vivo y reptante, como las serpientes mismas de la Medusa, sino... porque ahora veía sus ojos.

Los ojos de la diosa Araña, dueña y señora del Mal.

Ojos color de ámbar...

Emití un grito terrible. Ella afirmó, riendo de nuevo, más cerca cada vez de mí:

—Sí, hombre... Ahora entiendes. Ahora sabes... Xyra... la cautiva. La que necesitaba de ti. Jamás existió. Yo... YO SOY XYRA, la mujer que te atrajo a este mundo... para hacerte suyo. Me perteneces... y nunca escaparás de aquí. Tengo el medio.

Lo tenía. Súbitamente, con un escalofrío, empecé a comprender. Miré mi piel dorada, noté mi inmovilidad...

Estaba convirtiéndome en un hombre de oro.

Capítulo III

RETORNO

Un hombre de oro.

Por un fugaz instante, la terrible verdad se abrió paso en mi mente. Supe que estaba condenado, lo mismo que Van Scruff, a seguir viviendo bajo una costra de oro, convertido en una estatua viviente...

Era ella. Ella, la nueva Medusa de aquel reino de horrores... Ella la que convertía a los humanos en piezas de oro puro... Ella, la falsa Xyra. Ella, la diosa Araña...

Grité, estentóreo, antes de que mis labios y músculos faciales se hicieran de oro:

—¡No, nunca! ¡No será! ¡No puedes hacer esto! ¡Soy más fuerte que tú! ¡TENGO que ser más fuerte que tú... y vencerte! ¡Tienes que haber algo en mí que supera tu poder... y por eso me hiciste venir hasta ti a través de las galaxias...!

Y lo había. Un momento después, cuando ella, gritando de rabia, me veía agitarme, cuando el oro se desprendió de mi epidermis convertido en escamas que se derretían, comprendió que era el más fuerte. Y que había descubierto, instintivamente, esa fuerza en mí.

Mi voluntad. Mi deseo. Mi mente. Mi propio cerebro humano...

—¡Debes morir, abominable mujer! —rugí—. ¡Debes morir... y yo debo volver con los míos, regresar a mi mundo! ¡Tiene que ser así!

Y así fue.

Increíblemente, ella estalló de pronto en una especie de bola de fuego. Se despedazó ante mis ojos, como fulminada por un poder supremo, devastador...

Y yo me sentí súbita y brutalmente transportado a través del Espacio, del Tiempo, de todo lo imaginable... hasta encontrarme en otro lugar, en otro momento.

Navegando a bordo del Galactus.

De regreso a nuestro mundo. Con la doctora Crabbe. Y con los traidores que se apoderaran de la nave...

* * *

—La mente... —la doctora Crabbe asintió, mirándome muy fija—. Entiendo. Ese mundo de Hombres-dioses, carecía del poder único que poseemos los humanos: ondas mentales, capaces de actuar en ellos con una fuerza desconocida en nuestro mundo. Un enigma que nunca se aclarará por completo, pero que nos ha permitido salir de aquel horror, para siempre...

—Sí —asentí, mirando los controles—. Para siempre, doctora. Estamos llegando a nuestro Sistema Solar. Entregaremos a esos traidores a las autoridades. Y pronto pensaremos que nuestro viaje a la morada de los dioses, fue un simple sueño.

—Un sueño que no podré olvidar fácilmente, comandante, por mucho que pase...

—Yo tampoco —convine gravemente—. Me será difícil comprender que lo de Xyra fuese un engaño de aquel monstruo femenino... Tal vez algún día entienda esas cosas. Pero creo que no todo en el Universo tiene explicación concreta, doctora.

—No, no todo. Va a sufrir mucho, recordando a su dama de ojos de ámbar...

—¿Sufrir? —la miré, risueño—. No, doctora. En realidad, esa imagen jamás existió. Era un monstruo, creando una alucinación. Debo admitirlo así. Para que vea que no pienso para nada en mujeres que nunca existieron..., ¿me aceptará cenar conmigo y bailar hasta la madrugada, cuando lleguemos a la Tierra?

—Invitación aceptada, comandante —afirmó ella, risueña.

—Por favor —reí—. No me llame "comandante". Roger. Sólo Roger...

Epílogo

CUANDO TODO HA CONCLUIDO

Cuando todo ha concluido, uno siempre sigue pensando en lo que quedó atrás.

Eso me sucedió a mí, de regreso ya en la Tierra, otra vez entre los míos, en la Base, tras entregar a las autoridades a los rebeldes que pretendieron enriquecerse con el sueño eterno de la humanidad: el oro.

Pero su Eldorado en los espacios intergalácticos, había resultado tan engañoso como el espejismo de otros tiempos en que los “placeres”, las vetas de oro, eran el sueño de los hombres, para una fácil riqueza...

La mayor sorpresa, para todos nosotros, había sido encontrar a Van Scruff convertido en un ser normal, sin envoltura de oro, sin que su sangre fuesen gotas de hermosos rubíes...

—Fue milagroso —nos dijo el doctor—. De súbito, su piel comenzó a recuperarse, el oro parecía como escamas que se desprendieran y fundieran... No ha quedado el menor rastro de ese oro ni de la sangre cuajada que parecía rubíes. Todo se disolvió, como por arte de magia.

Magia...

Pensé en el mundo de los semidioses, y creo que la doctora Crabbe también pensó en ello al cambiar conmigo una mirada. Ambos comprendimos fácilmente. Y sólo al quedarnos solos, decidimos hablar de ello, oprimiendo nuestras manos mutuamente, como en busca de calor. Un calor humano que allá, en el espacio infinito, habíamos llegado a considerar perdido, en un remoto confín donde los hombres eran como dioses... y donde todo era tan engañoso y falso como la magia de un alquimista medieval...

—Creo entender, ¿verdad, Roger? —murmuró ella.

—Sí, querida —asentí—. La diosa Araña... Al perecer ella, toda su obra pereció consigo: el castillo de las cumbres negras, sus arañas devoradoras, su magia toda... Y aquí, en la Tierra, no fue diferente. Lo que una magia diabólica había creado, se disolvió con el fin de su maligna creadora.

—Dios mío, aún me parece imposible haber vivido todo aquello. Como si fuese un sueño, Roger...

—Casi ha sido un sueño. Un viaje de siglos, que transcurrió en sólo unos días... Salvamos barreras increíbles: Tiempo, Espacio, Universo... Creo que todo o casi todo.

—¿Y cómo fue posible, Roger? ¿Cómo pudimos regresar? —preguntó ella—. Es algo que aún no logro concebir...

—Incluso los hombres-dioses de ese mundo remoto, poseían cosas inferiores a nosotros, los humanos. De ahí que Xyra, la falsa Xyra, que no era sino la imagen proyectada al espacio de la propia diosa Araña, hubiera descubierto, con la estancia de Van Scraff en su mundo, que nosotros poseíamos algo que ellos no tenían. Un poder superior, que rara vez sabemos utilizar, y que ellos podrían convertir en una fuerza demoledora universal: algo tan simple como nuestro cerebro...

—Pero ellos también tenían cerebro. Melódico era un dios humano, ella, Xyra, casi lo era también...

—Sólo en apariencia. Su envoltura creo que era simple espejismo, una forma de adaptación o mutación física a nuestro propio concepto de las cosas. Puede que fuesen hombres, mujeres..., pero de OTRA especie y de otra forma muy distinta a la que imaginamos nosotros en la existencia inteligente. Los vimos así, y pensamos que ERAN así. Lo cierto es que, de un modo u otro, no tenían cerebro. Es decir, no una masa encefálica como la nuestra, capaz de albergar un poder tan enorme. La mayor prueba fue cuando lo intuí y, sólo con desearlo, con pedirlo, poniendo en ello mi voluntad absoluta... no sólo vencí a la diosa Araña, sino que regresamos a nuestro mundo... No hizo falta más. En aquel mundo, donde todo parecía posible, también nuestra mente poseía un poder multiplicado increíblemente, por las propias condiciones de vida, supongo.

Y todo esto originó nuestra victoria final. Tal como lo deseé se

produjo, y salimos del Ultra-Universo, para volver a nuestras propias Galaxias.

—Ha sido una aventura increíble, Roger —dijo ella, con voz apagada, todavía impresionada por cuanto habíamos vivido a incommensurables distancias de nuestro planeta.

—Incríble, querida —asentí, oprimiendo sus manos—. Pero ha servido de algo. Nos ha probado que incluso un mundo de auténticos dioses puede ser inferior al nuestro, de simples criaturas creadas por Dios único y todopoderoso, bien distinto a esas criaturas del ultra cosmos.

—Y además... nos ha servido para salvar a Van Scraff de una suerte horrible...

—Sí. Nunca sabremos cuál fue su historia, puesto que la emoción y el terror sufrido en ese viaje espacial, han provocado en él una amnesia casi total, y tiene que ser reeducado como un niño. Pero, cuando menos, vive. Y sigue siendo como nosotros... Pero eso, con ser mucho, no ha sido todo, querida.

—¿No? ¿Aprendiste más aún, en esa pesadilla? —se extrañó ella.

—Sí —sonreí—. Aprendí a amarte...

—Oh, Roger... —enrojeció su bonito rostro, ahora menos doctoral que nunca.

—Sí. Aprendí a amar a una mujer en quien sólo veía siempre una compañera, una simple y fría colaboradora. Así es a veces la vida...

—Roger, te creí enamorado de... de unos ojos color de ámbar...

—Yo también lo creí, cariño... Yo también —suspiré—. Era una maléfica influencia de esa mujer maligna, verdadero espíritu del Mal... Ella dejó que en su regreso, Van Scraff trajera consigo esa flauta que, al tiempo que nos facilitaba el tránsito a otra dimensión, a otros espacios, a través de las vibraciones ultrasónicas, nos conducirían irremisiblemente hasta ella, a través de un engaño. Pero creo que sólo estuve obsesionado por una imagen, no llegué nunca a amar realmente la imagen fantasmal de Xyra..., afortunadamente para mí.

—¿No seré yo otro espejismo en tus sentimientos?

—Cielos, no —sonreí—. Tú eres real, tangible..., maravillosamente humana. El tiempo te dirá que es así, querida...

Y el tiempo se lo dijo.

Porque cuando era ya la señora Last, esposa de un comandante de Astronáutica que pronto se convertiría en coronel especializado en expediciones intergalácticas, no pudo comprobar que, de nuestro viaje a la morada de los dioses solamente dos cosas habían sobrevivido con el tiempo.

El recuerdo de una aventura vivida casi en el filo mismo de lo Imposible... y nuestro propio cariño, descubierto durante ese período de tiempo en lo ignoto.

Sí. Así fueron las cosas para nosotros. Creo que había valido la pena conocer a los dioses. Aunque los misterios de su mundo remoto e inaccesible, quedaran siempre sin resolver para nosotros.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.